Hagiographica

Biblioteca Virtual Ignacio Larramendi de Polígrafos

© Del texto: el traductor.

© De la edición: Fundación Ignacio Larramendi.

Madrid, 2011.

Es una edición electrónica de DIGIBÍS.

OTROS APARTADOS

HAGIOGRAPHICA

VITA SALVI ALBAILDENSIS ABBATIS

Traducción: David Paniagua Aguilar

VIDA DE SALVO, ABAD DE ALBELDA

Salvo, abad del monasterio de Albelda, hombre brillante en su discurso, sabio por su conocimiento, elegante en sus pensamientos y adornado en sus palabras escribió un libro regular para las jóvenes consagradas a Dios, brillante en su expresión y nítido por la verdad de su contenido. Su palabra presente ciertamente en los himnos, oraciones, versos y misas que compuso con su ilustre estilo tributará a los lectores y los oyentes su gran compunción de corazón y su enorme dulzura estilística. Fue de cuerpo menudo y pequeño de constitución física, pero muy fervoroso por la virtud de espíritu. ¡Oh, cuántas palabras más dulces que la miel manaban de su boca que llenaban de alegría el corazón del hombre! Murió en tiempos del muy cristiano rey García y del pontífice Tudemiro el cuarto día antes de los idus de febrero de la era mil[1], más aventajado que los demás en la buena doctrina y más abundante en obras de caridad. Y así en el antedicho cenobio junto a la basílica de San Martín obispo y confesor de Cristo está enterrado en un sepulcro. A sus pies su discípulo el obispo Belasco descansa en paz.

[D. P. A.]

[1] El 10 de Febrero del año 962.

VITAS SANCTORVM PATRVM EMERETENSIVM

Traducción: José Carlos Martín Iglesias

EN EL NOMBRE DEL SEÑOR COMIENZAN LAS VIDAS DE LOS SANTOS PADRES DE MÉRIDA

Prólogo de este libro.

1. De entre los varones ortodoxos y muy católicos que nadie dude que son absolutamente ciertos los milagros que el santísimo e ilustre obispo que está al frente de la sede romana, el papa Gregorio, enardecido por la gracia del Espíritu Santo, nuestro intercesor, dio a conocer en los libros de sus *Diálogos* en el estilo verídico señalado en su prólogo; los cuales, ciertamente, Dios omnipotente se dignó realizar antaño para honra de su propio nombre en las personas de humildes siervos suyos queridos por Él.

2. Que nadie por alguna duda cualquiera que sea ésta se muestre receloso porque le parezca que acontecieron en tiempos ya antiguos y quizás no les preste una completa fe y piense que el antedicho santísmo varón de elección, santuario del Espíritu Santo, deformó esos hechos con vanas y nebulosas palabras, pues por el testimonio de la autoridad evangélica son manifiestos para todos de forma más clara que la luz los signos que el Señor siempre ha obrado y aún hoy obra.

3. Por ello, para que la fe de todos los que leen y escuchan se vea fortalecida por una confianza más firme, declaramos que esto ha sucedido en los tiempos presentes en la ciudad de Mérida, lo cual no lo hemos conocido por el relato de otros, ni lo hemos aprendido de fábulas inciertas, sino que nosotros mismos con nuestros oídos lo hemos oído contar a gentes que no dudamos que tras dejar en medio de portentosas señales esta vida han alcanzado el reino celestial.

COMIENZA EL RELATO DE LA MUERTE DEL PEQUEÑO DE NOMBRE AUGUSTO.

1. Cierto chiquillo que no era aún de gran edad, en fin, un niño, de nombre Augusto, cándido, sencillo y carente de letras, cuando atendía con firme fe junto con otros chiquillos de su misma edad, compañeros suyos, en la basílica de la ilustre virgen Eulalia el cuidado del culto de ésta, servicio que le había sido encomendado por el prepósito de la iglesia, venerable varón, ...de repente sucedió que el chiquillo enfermó.

2. Era el caso que muchos, como es costumbre, acudían a visitarlo y yo mismo iba con gran frecuencia. En esto, una noche sucedió que, al terminar los oficios de maitines –pues en esa santa iglesia existe la costumbre de que en invierno, con la ayuda del Señor, se celebren por separado maitines y laudes con un pequeño intervalo entre medias–... 3. Así pues, aprovechando este intervalo de tiempo me apresuré a ir a verlo y, al entrar en la celda donde éste reposaba acostado en la cama, hallé tan profundamente abatidos por el sopor a todos los que allí estaban que ninguno de ellos se despertó con mi llegada. Y la luz que allí se tenía encendida la encontré apagada. 4. Inmediatamente a todos los que estaban tendidos ante él los insté a que se levantasen y les ordené que fuese encendida de nuevo la luz que se había apagado. Y una vez que hubo luz pregunté al antedicho Augusto qué tal se encontraba. 5. Y él dijo: “Ciertamente, por lo que atañe a la esperanza de la vida presente confieso que ya todas las articulaciones de mi cuerpo se encuentran de tal modo desligadas que ningún vigor en absoluto retienen mis articulaciones. Pero, por lo que atañe a la esperanza de la vida eterna, no sólo me alegro de tener esa esperanza, sino que incluso confieso que he visto al propio autor de la vida eterna, nuestro Señor Jesucristo, en compañía de los ejércitos de los ángeles y de las multitudes innumerables de todos los santos.”

6. Al escuchar esto, me sentí sobrecogido al instante y comencé a temblar de arriba a abajo. Entonces le pedí que me contase detalladamente todo lo que había visto. A lo que me dijo: “Pongo por testigo al Señor del cielo y de la tierra que no voy a contarte una visión fantástica, y, para que me concedas un mayor crédito, te aseguro asimismo que esta noche no he dormido nada.”

7. Y cuando hubo dicho esto, comenzó a hablar así: “He estado en un lugar apacible donde había muchas flores aromáticas, prados verdísimos, rosas y lirios, y muchas coronas de gemas y de oro, innumerables telas de seda y una brisa suave que con su soplo lo refrescaba todo con el frescor de su aire. 8. Vi también allí asientos innumerables situados a derecha e izquierda. Y situado en medio un asiento mucho más excelso sobresalía. Allí había asimismo innumerables sirvientes, todos bien vestidos y hermosos, que preparaban las mesas y un banquete exquisito. Se preparaba en abundancia todo tipo de manjares, pero no de cualquier tipo de animal, sino sólo de bestias cebadas; y todo lo que se preparaba era tan blanco como la nieve. Y aguardaban la llegada de su Señor, el Rey.”

9. Entonces finalmente yo, indigno de mí, considerando que si pudiese oír a aquél contar con mayor detalle un suceso tan milagroso sería de gran interés para mí, le

digo: “Dime, te lo suplico, mientras esto que narras acontecía, ¿tú que hacías?” 10. Y él, por su parte, respondió: “Besaba a todos sus pies. Y ellos decían: ‘Bendito sea el Señor que te ha traído felizmente hasta aquí.’ 11. Y mientras decían esto y preparaban todas las mesas, de repente se presentó una gran multitud de santos vestidos de blanco, todos engalanados con oro y piedras preciosas, y ceñidos con coronas refulgentes. Y una parte de esa multitud se dirigía hacia la derecha y otra hacia la izquierda. Y así, apresurándose unos y otros, mostraban un obsequio de indescifrable belleza para su rey. 12. En medio de ellos venía un varón lucentísimo y muy hermoso, de figura proporcionada y porte sobresaliente, que aventajaba a todos en estatura y era más resplandeciente que el sol, más blanco que la nieve. 13. Y cuando llegaron a los asientos que les habían sido acomodados, aquel varon especialmente hermoso se sentó en un lugar algo más elevado, y los demás, por su parte, tras prosternarse y adorarlo, se sentaron en sus asientos. Inmediatamente los bendijo a todos, y ellos lo adoraron una, dos y hasta tres veces. Luego les fueron servidos los manjares preparados. 14. Cuando comenzaron a comer, aquel varón hermoso que estaba sentado por encima de los demás dijo a quienes estaban en derredor suyo: ‘¿Hay aquí algún recién llegado carente de instrucción?’ Y ellos respondieron: ‘Lo hay, Señor.’ Entonces finalmente dice aquél: ‘Que sea traído a mi presencia.’ Yo, por mi parte, permanecía de pie a lo lejos, y miraba y observaba atentamente. 15. Y cuando fui llevado a su presencia comencé a temblar vehementemente. Pero Él me dijo: ‘No temas, hijo mío. Ponte a mi espalda y quédate aquí conmigo.’ Y añadió: ‘No temas, pues has de saber que yo seré tu protector. Nunca te faltará de nada. Yo te alimentaré siempre, yo te vestiré siempre, yo te protegeré en todo momento y nunca te abandonaré.’ 16. Y así, al instante ordenó que me trajesen del banquete comida y bebida como nunca había visto y que recibí y tomé con la mayor felicidad. Y ciertamente confieso que fui reconfortado de tal modo por aquella comida que en lo sucesivo no podría desear nunca ningún otro alimento salvo aquél. 17. Pues bien, tras terminar el banquete, me dice: Que se retire esta multitud, y tú me acompañarás a otro lugar para que te muestre el pequeño jardín que tengo.’ Terminado ya el banquete, todos se prosternaron y lo adoraron de nuevo, y el rey, bendiciéndolos otra vez, permitió que se retirasen. 18. Y mientra éstos se retiraban, se arrastraban ante el trono de Aquél no sé qué hombres que vociferaban y se quejaban con grandes alaridos. Y al escuchar los gritos de éstos, dice: ‘Arrastrad fuera a estos malos siervos, no son dignos de ver mi rostro.’ Cuando dijo esto, fueron arrastrados de allí tan rápidamente que no pude verlos mejor ni alcanzar a conocerlos.”

19. Y preguntando de nuevo, le dije: “Te suplico, hijo mío, que me digas si viste alguna personalidad de aquéllas que hemos conocido en esta vida y que, tras dejar esta luz, han partido ya.” A esto él dice: “Las personas que allí vi distaban largamente de las personas que vemos en vida, pues todos están provistos de otra apariencia y otra vestimenta.” 20. Luego añadió: “Después que arrastraron fuera a aquellos hombres, se levantó de su asiento aquel soberano que aventajaba en hermosura a los demás y, cogiendo mi mano, me condujo a un jardín placidísimo donde había un río en el que el agua era de un color cristalino, y a lo largo del río muchas flores y espesuras olorosas que desprendían su perfume y exhalaban diversos y suaves aromas. 21. Y así, caminando a lo largo del río, llegamos hasta este lugar donde ahora me veo yacer en mi lecho.”

22. Esto me contó en presencia de muchos el niño al que con frecuencia me he referido. Yo, por mi parte, indigno de mí y el primero de todos los pecadores, diácono de Cristo, del mismo modo que el lo narró, lo quise escribir; y aunque puedo haberlo hecho con otras palabras, sin embargo, el sentido es el mismo.

23. Tras esto me cuidé de informar al santísimo varón mi señor y abad de todo lo que había oído. Al conocer éste lo sucedido, como tiene siempre por costumbre, con un corazón rebosante de piedad se apresuró rápidamente hasta la celda de Augusto y, deseando escuchar de boca de éste lo que antes nos había narrado, le preguntó ansiosamente qué era lo que había visto. 24. Y Augusto, repitiendo de nuevo lo que había dicho, lo dio a conocer a los santos oídos de aquél. Luego, a cierto diácono, varón venerable y santísimo, y a cuantos hermanos le preguntaron les estuvo repitiendo lo que poco antes había dicho. 25. Entonces comenzó a arder en deseos de recibir la penitencia. Éste la recibió inmediatamente, y yo me retiré y partí apresuradamente para orar hasta la basílica de Santa María siempre virgen, que dista cinco millas de la ciudad de Mérida, basílica a la que aún hoy la gente llama de Santa Quintisina. 26. A continuación, cuando regresé ya al atardecer, lo encontré muerto. Y como ya había caído la tarde no fue enterrado ese día. Y por la noche, cuando su cuerpecillo insepulto yacía en la celda en la que había muerto, en mitad de la noche este mismo Augusto llamó desde fuera por su nombre a grandes voces a otro chiquillo de su misma edad llamado Quintiliano. 27. Al escuchar la voz de aquél y reconocerla, cierto niño sencillo y sincero llamado Veraniano inmediatamente se levantó y, saliendo fuera, alcanzó a ver al propio Augusto de pie vestido de blanco, pero lleno de temor no se atrevió a acercarse más a él. Que vio su rostro y que era blanco como la nieve lo ha asegurado mediante juramento. 28. Al otro

día, como es costumbre, su cuerpecillo fue entregado a la sepultura en la basílica de la santísima virgen Eulalia, mi señora.

COMIENZA EL RELATO DE LA MUERTE DE CIERTO MONJE CUBILLANENSE.

1. Cuentan muchos hombres excelentes que muchos años antes de nuestra época acaeció clementemente un milagro de nuestro Salvador en la provincia de Lusitania gracias a la clemencia divina.

2. Cuando al frente del monasterio cuyo nombre es Cubillana, que no está situado lejos de la ciudad de Mérida, pues dista de ella unas ocho millas, estaba el abad Renovato, varón santísimo de piadosa memoria –que luego llegó a ser incluso insigne obispo de la ciudad de Mérida–, 3. y con hábil celo, como varón perspicaz y de naturaleza extraordinariamente aguda, y muy firme en todo lo referente a la disciplina y al temor de Dios, a todos los monjes que allí residían los invitaba diligentemente a través de un buen hábito de vida y de los ejemplos de las Sagradas Escrituras a la patria celestial, y toda la grey por los caminos estrechos que conducen a los senderos celestes seguía a su pastor, que la precedía, el lobo voraz intentó con todas sus fuerzas degollarle con sus fauces desgarradoras una pequeña oveja, 4. de forma que, mientras que todo el conjunto de la congregación perseveraba en las alabanzas de Dios y, de acuerdo con la práctica de la regla, vivía en el temor del Señor, cierto monje, apartándose de la conducta santísima de éstos y cayendo completamente en la gula y en la bebida, se entregó a la perdición. Después, hundiéndose en una mayor ruina, comenzó a robar todo lo que podía encontrar.

5. Cuando el antedicho varón de Dios, tras censurar frecuentemente con dulces amonestaciones a aquél, no consiguió corregirlo fácilmente, se aplicó en reprenderlo una y otra vez con palabras increpantes. Pero como ni siquiera así abandonó éste el engañoso deleite de la glotonería ni su obstinación en el robo y la rapacidad, ordenó azortarlo con látigos, hacerle pasar ayunos y que fuese recluido en su celda. 6. Pero él no dejaba de persistir en sus antiguos pecados, no sólo porque no cesaba en sus vicios, sino porque incluso, manchando su alma todos los días, se apresuraba más y más a perderse en las tartáreas grutas del averno. 7. Y como veía el varón de Dios que aquél se obstinaba en continuar por ese camino hasta tal punto que a pesar de haber sido reprendido y azotado tantas veces no quería enmendarse, permitió, con su corazón

íntimamente golpeado por el dolor, que aquél se condujese según los deseos de su corazón, 8. y ordenó a los que estaban al frente de las despensas del monasterio que nadie le prohibiese entrar a cualquier hora que quisiese, ni comer y beber hasta vomitar todo lo mejor y dulce que encontrase en ellas; que incluso si, según su costumbre, quería llevarse algo y esconderlo, tuviese plena libertad para que se supiese con detalle, después de que hubiese dado satisfacción a su boca y su vientre, qué era lo que iba a hacer a continuación.

9. Aquél, en efecto, al encontrar, según lo ordenado, abiertos los cerrojos, penetraba sin dificultad en las despensas del monasterio, que, según se cuenta, era riquísimo. Pero lo hacía rodeado, no obstante, por vigilantes que a lo lejos, disimulando astutamente, espiaban y aguardaban sus movimientos, sin él saberlo. Y así todo lo que encontraba dulce y placentero de comer y de beber lo comía y bebía indiscriminadamente hasta que perdía el sentido y apenas podía andar. 10. Después de esto comenzó a robar furtivamente manjares diversos, incluso se llevaba esas vasijas de vino que se conocen normalmente con el nombre de guillones y frascos, y en el jardín contiguo al monasterio, entre frondosos arbustos y densos cañaverales, en un lugar ocultísimo las escondía. 11. Entonces, cuando ya se encontraba abotargado por la excesiva comida y ebrio por las copas bebidas, se preparaba un lecho y poniendo lo que había robado, aunque ya no sentía placer y vomitaba por tener la barriga demasiado llena, no obstante aún deseaba comer y beber. 12. Y cuando con su viente muy hinchado languidecía más que comía, viniéndole el sueño, se dormía allí mismo. Entonces llegaban unos perros que se comían todo lo que se había llevado. Y sus vigilantes, que lo observaban de cerca, llevaban de regreso a las despensas mientras dormía las vasijas que había sustraído.

13. Después que esto continuó durante mucho tiempo y cuando nadie creía que pudiese enmendarse algún día, alejándolo de ello, el buen Pastor, nuestro Salvador, lo arrebató de las fauces del león. 14. Sucedió, en efecto, que cierto día según su costumbre a primera hora de la mañana salía borracho de la despensa. Cuando lo vieron ebrio unos chiquillos que bajo la tutela de sus maestros estudiaban en la escuela, le gritaron al instante estas palabras: 15. “Enmiéndate, cruel, enmiéndate de una vez. Ten presente el juicio terrible de Dios. Ten presente la temible sentencia de su examen tremendo. Ten presente a este respecto la severidad de su juicio, que puede imponer castigos espantosos y horrendos. Ten también presentes los años de tu edad, y así finalmente cambia tus costumbres para bien y al menos un día antes de tu muerte

corrige tu vida, porque no es lícito que nosotros, que somos niños, hagamos lo que tú haces, cuanto más no lo es en tu caso, que eres ya un hombre maduro."

16. Al oír esto, avergonzándose completamente, enrojeció y al instante se arrepintió y, echándose a llorar con gran llanto y levantando sus ojos llenos de lágrimas al cielo, dijo: "Señor mío, Jesucristo, salvador de las almas, que no deseas la muerte de los pecadores, sino que se conviertan de su iniquidad y vivan, te suplico que me corrijas y apartes este ignominioso oprobio de mi vista, y asimismo, si te parece bien, sácame inmediatamente de esta miserable vida para que ya no escuche más un insulto en mi cara." 17. No tardó en escucharlo la piedad divina, sino que inmediatamente, golpeándolo dolorosamente en ese mismo lugar, hizo que ardiese con violentas fiebres. 18. En efecto, el cambio para mejor que en él operó la diestra del Altísimo fue tal que, aborreciendo todos los placeres carnales, quería vivamente el remedio de la penitencia, es decir, deseaba ansiosamente el sacramento del cuerpo y de la sangre del Señor. 19. Pero como el venerable padre mencionado anteriormente pensaba que aquél pedía esto en su delirio e impíamente, no quiso darle la penitencia plenaria, sino que únicamente le administró el viático. Y pasó tres días junto con sus noches entre lágrimas y una extraordinaria contrición. 20. Al tercer día después de esto, cuando iba a dejar esta vida, dijo así a todos sus hermanos en la despedida: "Sabed que todos mis pecados me han sido perdonados. Y he aquí que en la puerta me aguardan los santísimos apóstoles Pedro y Pablo, y también San Lorenzo, arcediano y mártir, junto con la multitud innumerable de los santos, con los que he de partir junto al Señor." Y habiendo dicho esto, dejó esta vida. Su cuerpo, según la costumbre, fue entregado a la sepultura.

21. Más de quince años después, el célebre río Ana tuvo una gran crecida y, desbordando las riberas de su lecho, derramó ampliamente el cauce de su agua y derrumbó las casas de muchos pueblos cercanos a su curso, y junto con ellas destruyó las celdas del monasterio de Cubillana. 22. Cuando los monjes quisieron reconstruirlas sucedió que, al poner los cimientos, descubrieron en la celda en la que el antedicho yacía el sepulcro de éste. 23. Entonces se esparció un olor como de néctar y aquél fue hallado intacto e incorrupto como si en ese mismo instante hubiese sido enterrado, de modo que se veía que ni su ropa ni sus cabellos se habían corrompido en modo alguno.

COMIENZA EL RELATO DE LA MUERTE DE CIERTO ABAD NANCTO.

1. Mientras nos aplicábamos en contar sucesos recientes hemos descuidado los hechos de nuestos mayores. 2. Así pues, cuentan muchos que hace ya largos años, en los tiempos en los que Leovigildo fue rey de los visigodos, procedente de las regiones africanas llegó a la provincia de Lusitania un abad llamado Nancto. Éste, después de haber vivido allí santísimamente un tiempo, por devoción a la santísima virgen Eulalia viajó hasta la basílica en la que descansa el santísimo cuerpo de ésta.

3. Según se dice, evitaba por todos los medios la presencia de las mujeres como mordedura de serpiente, no porque despreciase su sexo, sino porque al contemplar su tentadora visión temía incurrir en un pecado, hasta el punto de que adondequiera que se dirigía pedía a un monje que caminase delante de él a lo lejos y a otro tras él para que ninguna mujer tuviese ocasión de verlo. 4. Éste, como hemos dicho antes, cuando llegó a la basílica de Santa Eulalia, virgen y mártir, rogó con muchas súplicas al reverendísimo varón Redempto, el diácono que estaba al frente de la misma, que, cuando por la noche saliese de su celda en dirección a la iglesia para la oración, le pusiese unos guardianes de modo que ninguna mujer lo viese en absoluto.

5. Cuando había prolongado su estancia en esa basílica algunos días, cierta viuda santísima y de muy noble linaje llamada Eusebia deseaba verlo con todas sus fuerzas, pero aquél no consentía de ningún modo en ser visto por ella. 6. Y cuando diversas personas le rogaron reiteradamente que se dignase a verla y él no accedió en modo alguno, aquélla, por su parte, tomó la decisión de suplicar al antedicho diácono Redempto que al finalizar las laudes por la mañana, cuando aquél regresase de la iglesia a su celda, ordenase que en torno del santísimo varón la luz de los cirios fuese muy luminosa de modo que, permaneciendo ella en un lugar oculto, alcanzase a verlo al menos de lejos. 7. Así se hizo. Y cuando, sin él saberlo, lo alcanzó la mirada de la mujer, se postró en tierra con gran llanto, tal como si hubiese sido golpeado gravemente por una gran piedra. Luego comenzó a decir al diácono: “Que el Señor te perdone, hermano. ¿Qué es lo que has hecho?”

8. Después de esto, yéndose inmediatamente de allí, llegó con unos pocos hermanos a lugares de soledad y allí se construyó una humildísima morada. Y como allí brilló frecuentemente por su virtud, al correrse la voz su fama llegó a oídos del príncipe Leovigildo. 9. Éste, aunque era arriano, no obstante, para encomendarse a Dios gracias a

la súplicas de aquél, entregó a este varón por ley escrita uno de los excelentes terrenos de su reino para que en lo sucesivo tuviese junto con sus hermanos alimentos y vestimentas. 10. Esto el varón de Dios se negó de todo punto a aceptarlo. Pero aunque lo rechazaba, al decirle aquél que había venido ante él enviado por el rey: “El presente de tu hijo no debes rechazarlo”, finalmente lo aceptó a instancias de éste.

11. Algunos días después, los hombres que habitaban ese lugar comenzaron a decirse entre ellos: “Vayamos y veamos cómo es ese amo nuestro a quien hemos sido entregados.” Y cuando fueron y lo vieron con su sucio ropaje y su descuidado cabello, llenos de desprecio, dijeron entre ellos: “Mejor es para nosotros morir que servir a tal amo.” 12. Y finalmente unos cuantos días después, cuando el santo varón de Dios se había internado en el bosque para apacentar unas pocas ovejas, al encontrarlo solo, quebrándole el cuello lo mataron.

13. Después de un pequeño intervalo de tiempo, los asesinos fueron detenidos y presentados encadenados ante el rey Leovigildo, a quien se dijo que ellos eran los que habían asesinado al siervo de Dios. 14. Aquél, por su parte, aunque no pertenecía a la recta fe, no obstante, dictó rectamente sentencia, diciendo: “Liberadlos de las cadenas y permitid que se vayan, y si verdaderamente mataron al siervo de Dios, que sin castigo por nuestra parte vengue Dios la muerte de su siervo.” 15. Y cuando esto fue dicho y aquéllos fueron liberados, al instante unos demonios se apoderaron de ellos y los afligieron durante muchos días hasta que con cruel muerte arrancaron sus almas de sus cuerpos. Gracias sean dadas a Dios.

COMIENZA EL RELATO DE LAS MUERTES Y LOS MILAGROS DE LOS SANTOS OBISPOS DE MÉRIDA.

1. Dejando a un lado las adornadas pompas de las palabras y prescindiendo de las vanilocuas espumas de la elocuencia, narramos ahora a los sencillos con veracidad y sencillez aquello que es de todo punto verdad. 2. En efecto, si quisiéramos envolver en obscuras expresiones aquello que se sabe que es más claro que la luz, no instruiríamos a los oyentes, sino que los fatigaríamos, pues cuando el entendimiento de los muchos no instruidos no comprende, el oído se fatiga. 3. Y por eso, como anteriormente hemos prometido, contamos con sencillez los milagros de los santos padres acaecidos en el pasado según han llegado hasta nosotros por el relato de muchos.

I.1. Cuentan muchos que un santo varón llamado Paulo, de origen griego y médico de oficio, llegó de las regiones de Oriente a la ciudad de Mérida. 2. Como éste en su larga vida allí se distinguió por su santidad y sus muchas virtudes y superó a todos en humildad y bondad, le fue concedido por Dios merecer el pontificado de la antedicha ciudad. 3. Y cuando, según la elección de Dios, fue ordenado obispo, al instante, Dios suprimió todas las tempestades de males que habían sacudido esa iglesia en tiempos de su predecesor y otorgó una extraordinaria quietud a su iglesia gracias a las súplicas de éste.

II.1. Cuando éste guiaba pacífica y bondadosamente con el favor de Dios a todos sus conciudadanos y mostraba el dulce afecto de su santo pecho en medio del afecto de todos, sucedió que enfermó la mujer de uno de los principales de la ciudad, varón nobilísimo de linaje senatorial, la cual, nacida también ella misma ilustre por su alcurnia, tenía sangre noble. 2. Ésta, tras casarse, había concebido en su seno, pero el niño murió en su vientre. Cuando muchos médicos aplicaron a ésta diversos tratamientos y no sintió ninguna mejora en su curación, sino que, en un estado crítico, día a día se acercaba a la muerte, 3. su ilustre marido mencionado anteriormente, dado que nada le era más querido que su esposa, a la que había recibido en matrimonio recientemente, despreciando a todos los médicos, con la esperanza de que ella recuperase la salud corrió junto al santo varón y, echándose a sus pies, le suplicó entre lágrimas que, puesto que era siervo de Dios, rogase al Señor en sus oraciones por la salvación de su esposa, y asimismo, puesto que era médico, no considerase indigno ofrecer a la enferma la gracia de la curación con su propia mano.

4. Pero el varón de Dios respondió al instante diciendo: “Eso que me pides no me es lícito hacerlo porque, aunque indigno, soy sacerdote del Señor y ofrezco ofrendas al Señor con mis manos y por eso no puedo realizar lo que dices para no llevar en lo sucesivo unas manos manchadas sobre los santos altares e incurrir luego en la ira de la piedad divina.” 5. Y añadió: “Iremos en nombre del Señor. La visitaremos y le proporcionaremos médicos de la iglesia que puedan aplicarle un remedio, y en la medida en que sepamos, les indicaremos cómo conseguir la curación. Nosotros, no obstante, con nuestra propia mano no podemos curarla.” 6. Pero aquél, sabedor de que no tendría eficacia el cuidado de ningún otro médico y de que su mujer ya estaba casi muerta, comenzó a suplicarle insistentemente con gran llanto que no mandase allí a nadie, sino que fuese él mismo en persona y lo que sabía lo realizase con su propia mano. 7. Pero como éste no accedía, ni consentía en ello de ningún modo,

presentándose ante él todos los hermanos, le pidieron también ellos con lágrimas que fuera. Y éste dice: “Sé que hay mucha misericordia en el Señor y creo que, yendo allí, restituirá al enfermo su primitiva salud y que me concederá al instante su gracia por mi confianza. Pero no dudo en absoluto que en el futuro personas malvadas me reprobarán por ello.” 8. Cuando todos sus hermanos le respondieron: “Ninguno de nosotros va a decir nada sobre esto. Venga, apresúrate, señor, y con toda rapidez haz lo que redundará en beneficio de tu piedad”, finalmente, conmovido por las súplicas de éstos, prometió acudir, pero con la condición de inquirir antes la voluntad del Señor, no fuese que, yendo sin reflexión, llevase a cabo fácilmente algo por lo que fuese castigado por el juicio divino de modo que le fuese difícil recuperar la gracia de Dios. 9. Y así, seguidamente se dirigió a la basílica de la santísima virgen Eulalia y allí permaneció postrado en el suelo un día entero y, perseverando sin desmayo en la oración, continuó también la noche siguiente. 10. Éste fue advertido allí al instante por un oráculo divino. Levantándose inmediatamente se dirigió sin dudarlo a la casa de la mujer enferma, apresurándose mucho. Allí pronunció una oración, impuso sus manos sobre la enferma en nombre del Señor, 11. con confianza en Dios hizo con extraordinaria delicadeza una delicadísima incisión con un delicado instrumento y, miembro por miembro y poco a poco, extrajo el feto, ya corrupto; a la mujer, por su parte, ya medio muerta, medio viva, inmediatamente después por la gracia de Dios la devolvió sana a su esposo. 12. Y aconsejó a ésta que no conociese varón en lo sucesivo, diciéndole que, en el momento en que tuviese ayuntamiento con un hombre, supiese que inmediatamente se le presentarían peores problemas en el futuro. 13. Ellos, echándose a sus pies, no dejaron de darle las gracias y, todo lo que el varón de Dios les había aconsejado, prometieron observarlo en todo momento, suplicando al Señor que si no lo cumplían les aconteciesen peores males en el futuro.

14. Y, en efecto, aconteció en aquella casa una extraordinaria dicha y una inmensa alegría, y aclamando a Dios con todo tipo de alabanzas, orando y festejándolo, decían que verdaderamente Dios había enviado a uno de sus ángeles, que se había compadecido de ellos. 15. Entonces, redactaron a continuación un documento en relación con sus riquezas en virtud del cual desde ese momento el santo varón recibiese la mitad de todo lo que tenían, y la otra mitad, íntegra y completa, se añadiese tras su muerte a la hacienda de éste. Y, en efecto, tantas eran sus riquezas que no había ningún senador en la provincia de Lusitania más rico que ellos. 16. Esto aquél comenzó rechazándolo, y lo rehusó y no quiso aceptarlo, pero ante las súplicas y vehementes

ofrecimientos de éstos, finalmente se vio obligado a aceptarlo, y, tras recibirlo, ordenó que se atendiese no tanto a sus propios intereses, cuanto a las necesidades de los indigentes.

17. Aquéllos, por su parte, por quienes le fue concedido esto, perseverando con temor de Dios en la castidad, no mucho después fueron reclamados para la patria celestial por llamamiento divino. 18. A la muerte de éstos, el santísimo obispo Paulo alcanzó a recibir todo su patrimonio y el que había llegado como un peregrino sin tener nada se convirtió en más poderoso que todos los poderosos, hasta el punto de que toda la hacienda de la iglesia, en comparación con los bienes de aquél, era tenida en nada.

III.1. Finalmente, después de disfrutar junto con sus feligreses felizmente durante muchos años de una vida feliz y de florecer siempre lleno de virtudes viviendo consagrado gozosamente a Dios, 2. cierto día sucedió que llegaron en sus naves desde el Oriente, desde la región de la que él mismo era originario, unos mercaderes griegos y alcanzaron las costas de Hispania. Y cuando llegaron a la ciudad de Mérida, según la costumbre, acudieron a presentar sus respetos al obispo. 3. Éstos, después de ser recibidos amablemente por él y tras regresar a la casa en la que se alojaban, luego de abandonar el palacio episcopal, al día siguiente, enviaron ante él para manifestarle su agradecimiento un pequeño presente que llevó un niño llamado Fidel que había llegado con ellos desde su región para ganarse un dinero. 4. Y cuando fue llevado a presencia del santo varón y éste recibió de buen grado el presente enviado en agradecimiento que aquél había traído, comenzó a preguntarle con detalle cuál era su nombre, de qué región y de qué ciudad era. 5. Cuando éste, por su parte, dijo su nombre y nombró su ciudad, viendo que era un joven de buena índole, le preguntó sucesivamente por todo y se interesó por los nombres de sus padres. Y éste, de acuerdo con lo que se le preguntaba, dio a conocer con sencillez su patria, su ciudad, su aldea y los nombres de sus padres. 6. Por el relato de éste conoció Paulo el nombre de su hermana. Entonces, saltando inmediatamente de su sede, se inclinó para abrazarlo a la vista de todos –pues sus entrañas se habían conmovido por su causa–, y, echándose sobre su cuello y besándolo durante larguísimo tiempo, debido a su alegría lloró copiosamente.

7. Al instante mandó presentarse ante él a los antedichos mercaderes, a los que dice: “Entregadme este niño y pedidme lo que queráis.” 8. Pero ellos respondieron: “De ningún modo podemos hacer esto, puesto que es libre por nacimiento y lo recibimos de sus padres para nuestro servicio. Sin él no podemos regresar en modo alguno junto a sus padres, ni podremos mirarlos en adelante a la cara, en el caso de que dejemos a éste en

una región tan lejana.” 9. Frente a esto dice aquél: “Sabed que, si no me dejáis a éste, de ningún modo regresaréis a vuestra patria. Ea, aceptad de mi parte una abundante suma de dinero y partid tranquilos continuando en paz vuestro viaje.” 10. Aquéllos, al oír esto, puesto que no podían oponerse en mayor medida a tan gran autoridad, le dicen: “Dinos, señor, ¿cuál es el motivo de que te dignes amar con tan gran amor a una persona desconocida para ti?” 11. Él, por su parte, respondió que era de su familia, muy próximo a él por parentesco. Y añadió: “Partid en el nombre del Señor sin vacilación alguna, anunciando a mi hermana que he retenido junto a mí a su hijo para consuelo de mi cautividad.” 12. Y así envió diversos presentes para su hermana a través de aquéllos, y también obsequió generosamente con muchos dones a los propios marineros. De ese modo, enriquecidos con los presentes de éste, regresaron a su patria con gran alegría.

IV.1. Una vez que éstos se fueron, al instante, ordenó cortar el pelo al antedicho adolescente y lo ofreció al servicio de Dios omnipotente y, como a un segundo Samuel, lo instruyó firmemente día y noche en el templo del Señor, hasta el punto de que en pocos años le enseñó perfectísimamente toda la liturgia y todos los libros de las Sagradas Escrituras. A continuación, conduciéndolo por cada uno de los grados eclesiásticos, lo ordenó diácono.

2. Inmediatamente, éste, convertido en habitáculo del Espíritu Santo, comenzó a brillar con todo tipo de virtudes hasta el punto de aventajar a todo el clero por su santidad, su caridad, su paciencia y su humildad. De tal modo se hizo completamente querido y amado para Dios y para los hombres, que lo consideraban uno del número de los ángeles. 3. Y así, después de que éste hubiese servido sin tacha al Señor durante muchos años, hubiese obedecido en todo con dulce afabilidad a su protector, el antedicho santísimo padre, y hubiese sido el suave deleite de la vejez de su tío sin cometer falta alguna, éste último, cuando, al cabo de muchos años, por su edad avanzada se inclinaba a la vejez, lo eligió como sucesor suyo, 4. e inmediatamente, aún en vida suya, lo puso en su lugar y lo instituyó heredero de todos sus bienes, estableciendo, sin embargo, por sanción testamentaria que, si el clero emeritense quería tener a aquél como pontífice, todos los bienes que le había concedido los dejaba después de su muerte a la antedicha iglesia; pero que, si tenían otro parecer, tuviese aquél libre arbitrio para determinar y decidir lo que quisiese en relación con los antedichos bienes. 5. Ciertamente, el santo varón decretó esto por revelación del Espíritu Santo, sabedor de antemano por vía profética que se opondrían a aquel varón las inevitables envidias de

muchos hombres depravados que en el futuro ladrarían en su derredor como perros y ardiendo por el fuego de la envidia intentarían desgarrarlo con sus mordiscos.

6. Y así, cuando con el favor de Dios su tío lo estableció como obispo, éste deseaba atenderlo y servirlo del mismo modo en que había acostumbrado a asistirlo en la época de su diaconado, hasta el punto de que, quitándose el manto episcopal y permaneciendo a su lado como un sirviente, lo atendía en todas sus necesidades. 7. Éste le prohibió hacerlo y lo exhortó a que en lo sucesivo mantuviese con constancia la dignidad de su episcopado y le ordenó que llevase sus cuidados más bien a sus hermanos. 8. El santísimo anciano, por su parte, abandonando inmediatamente el palacio episcopal y todos los privilegios de su posición se retiró a la basílica de Santa Eulalia a una celda muy humilde. Éste, después de orar al Señor durante algún tiempo por los pecados del mundo entero, establecido allí mismo, alejado de las tormentas de esta vida, viviendo en medio de una gran quietud, llevando un cilicio y acostándose sobre ceniza, abandonó finalmente su cuerpo.

V.1. A la muerte de éste, ciertos hombres pestíferos, según lo que el varón de Dios había predicho, con palabras malignas comenzaron a murmurar contra el santísimo obispo Fidel para expulsarlo bajo cualquier pretexto de la posición en que había sido colocado. 2. Cuando éste comprendió sus intenciones y quiso liberarse de la persecución de aquéllos yéndose junto con sus riquezas, al advertir éstos que aquél se separaría de ellos llevándose del patrimonio de la iglesia sus bienes propios y que no les iba a quedar nada en absoluto, más a su pesar que por su propia voluntad se postraron a los pies de éste y le pidieron con muchas súplicas que no los abandonase. 3. Aquél, sin enemistarse con ellos, accedió a ejercer con celo el gobierno de la iglesia y a dejar a ésta en lo sucesivo toda su hacienda. Así se hizo, de modo que en aquel tiempo llegó a ser tan rica aquella iglesia que en los dominios de Hispania ninguna iglesia hubo más opulenta que ella. 4. Y así, gracias a la intercesión del Señor, hasta tal punto se consolidó un puro y sincero afecto en todos hacia él, que todos, ardiendo con un único y mismo sentimiento en el amor de su inmensa devoción hacia él, se abrasaban en el fuego inmenso de este ardor santo y, convertidos en un solo corazón y una sola boca con él, de ningún modo se separaban en absoluto de este afecto posterior, sin que se interpusiese ningún distanciamiento.

VI.1. Puesto que hemos recordado el nombre de tan gran pastor, nos parece digno de interés y especialmente reseñable traer a la memoria alguna pequeña anécdota de entre los muchos milagros con los que brilló a menudo.

2. Así pues, cierto domingo que estaba en el palacio episcopal con muchos hijos de la iglesia, como es costumbre, el arcediano, acompañado de todo el clero y vestidos todos de blanco, se presentaron ante él viniendo desde la iglesia. 3. Inmediatamente, él, levantándose, mientras los diáconos, según la costumbre, lo precedían sirviéndose de incensarios, se dirigió a la iglesia junto con todos los que estaban presentes para celebrar con la ayuda de Dios la misa. 4. Pero cuando todos con él apenas habían avanzado unos diez pasos fuera del palacio episcopal, al instante todo el edificio del grandísimo palacio episcopal se derrumbó de repente desde sus cimientos, pero no aplastó a nadie allí por la gracia de Dios. 5. Por lo cual hay que pensar de qué virtudes debió ser un varón tal que obtuvo ante Dios con sus súplicas que no se le concediese al antiguo enemigo licencia para perpetrar la ruina de tan gran edificio antes de que él mismo salvase a todos tras conducirlos fuera íntegramente gracias a la misericordia de Dios. Y que en tan gran peligro nadie pereciese, que nadie dude que fue concedido por los extraordinarios merecimientos de la santísima virgen Eulalia. 6. Y cuando con solícita preocupación se informó de que nadie había muerto, no se entristeció en absoluto, sino que, por el contrario, dio gracias al Señor, hizo alegre una ofrenda a Dios y consagró aquel día con todos los suyos gozosamente al Señor. 7. No mucho tiempo después reconstruyó el edificio del derrumbado palacio episcopal y con la ayuda de Dios lo dispuso con mayor belleza. Así, en efecto, tras culminar las largas y extensas salas de esta construcción con altas bóvedas, sostener los preciosos pórticos sobre columnas ornamentadas y recubrir por entero todo el suelo y las paredes con relucientes mármoles, hizo construir sobre ello un techo admirablemente hermoso. 8. Entonces, tras reconstruir para mejor de acuerdo con esta admirable disposición la basílica de la santísima virgen Eulalia, levantó en este mismo sagradísimo templo altas y eminentes torres en lo alto del techo.

VII.1. También se cuenta que este santo varón fue visto frecuentemente durante su vida cantando salmos de pie en el coro de la iglesia junto con las multitudes de los santos, y otras muchas maravillas se cuentan que hemos renunciado a escribir debido a su prolijidad para que no causen hastío a los lectores.

2. Cierto día mandó a uno de sus siervos a un lugar de nombre Caspiana, que dista de la ciudad de Mérida dieciséis millas, y le ordenó regresar con la mayor rapidez posible. 3. Cuando se fue, como no pudo regresar ese mismo día, permaneció allí. Al comienzo mismo de la noche, cuando ya dormía, le pareció que cantaban los gallos. Levantándose al instante, subió a su caballo y, apresurándose velozmente, antes de la

medianoche llegó ante la puerta de la ciudad que es llamada “Puerta del puente”. 4. Cuando luego de permanecer allí durante largo tiempo, comprendió que se había levantado antes de la hora oportuna y que, aunque gritase con grandes voces, nadie le abriría la puerta, le pareció conveniente dar un poco de pasto a su caballo hasta que finalmente alguien abriese la puerta. 5. Y he aquí que de repente en mitad de la noche, al levantar sus ojos, vio a lo lejos un globo ígneo procedente de la iglesia de San Fausto, que dista de la ciudad una milla aproximadamente, y que se dirigía a la basílica de Santa Lucrecia. 6. Mientras éste contemplaba en silencio lo que ocurría, hete aquí que sin demora una multitud de santos a quienes precedía aquella luz, viniendo por el puente, llegaron hasta la puerta, junto a los cuales avanzaba el santísimo Fidel. 7. Y cuando alcanzaron la puerta, el antedicho sirviente, al ver que la compañía de los santos de blancos ropajes había aumentado y distinguir incluso al propio San Fidel cubierto con una vestimenta nívea yendo en medio de ellos, se llenó de asombro y, aterrorizado y tembloroso a causa del temor, se quedó como muerto. 8. Entonces los cerrojos de las puertas se abrieron para ellos por voluntad divina y a continuación entraron en la ciudad. Luego que entraron, aquél, levantándose y queriendo entrar tras ellos, no pudo hacerlo de ningún modo, pues encontró la puerta tan cerrada como antes.

9. Cuando éste, después que fue abierta la puerta con las primeras luces, llegó al palacio episcopal, inmediatamente el santo varón le preguntó a qué hora había partido del antedicho lugar. A éste aquél le contó la hora a la que se había levantado y la demora que había sufrido ante la puerta. 10. Cuando el varón de Dios le preguntó si no había visto nada y aquél le confesó lo que había visto, le advirtió que, mientras el santo estuviese vivo, no se lo contase a nadie, no lo fuese a poner esto en un grave peligro.

VIII.1. Del mismo modo, en otra ocasión un religioso lo vio también salir una noche de la iglesia de Santa Eulalia junto con la multitud de los santos e ir por las basílicas de los mártires, y, actuando imprudentemente, al instante lo contó a muchos. 2. Finalmente, acudiendo junto al varón de Dios, le refirió también a él lo que había visto. A éste aquél le dijo: “¿Eso que viste ya se lo has contado a alguien o no?” Éste, respondiendo al instante, confesó con sencillez que lo había contado. 3. A lo que aquél respondió: “Que Dios te perdone, hermano, no obraste adecuadamente. Sé, no obstante, que en el juicio futuro no te será atribuido como culpa. Comulga y danos el beso del adiós, puesto que vas a partir. Dispón asimismo de tu casa con la mayor rapidez y, si lo deseas, recibe el sacramento de la penitencia.” 4. Éste, después de recibir la penitencia, de disponer de su casa y de despedirse de todos, a la noche siguiente dejó esta vida.

IX.1. A cierto varón religioso que acudía siempre con celo a los oficios eclesiásticos le pareció asimismo una noche, cuando dormía en su lecho vencido por el sueño en mitad de la noche, que daban la señal para las laudes. 2. Levantándose al instante corrió con la mayor rapidez hacia la iglesia para que no se le pasase la hora del oficio sagrado y, apresurándose con una carrera rapidísima, llegó allí jadeante. 3. Y cuando entró en la iglesia de Santa María, que aún hoy es llamada Santa Jerusalén, oyó unas voces que cantaban con maravillosa modulación y, mirando hacia el coro, vio allí a la multitud de los santos. 4. Entonces, dominado por un inmenso temor y lleno de miedo, se retiró en silencio a un rincón de la basílica y, observando silenciosamente y escuchando con atención, oyó en su orden acostumbrado todo el oficio según fue celebrado por aquéllos.

5. Una vez que terminó, un poco antes aún del canto de los gallos, los santos fueron entre cánticos de alabanza desde la iglesia de Santa María a la iglesia de San Juan, en la que hay un babpisterio y que es contigua a la antedicha basílica, pues sólo hay una pared interpuesta y están cubiertas por un mismo lecho. 6. Luego que concluyeron los cánticos de alabanza, comenzaron a decirse entre ellos: “He aquí que es ya la hora en que debe ser dada la señal; por ello es necesario antes que dispongamos aquello para lo que hemos sido designados.” 7. Cuando dijeron esto, aparecieron a su vista unos etíopes espantosos y absolutamente terribles cuya estatura parecía ser gigantesca y cuya negrura era de todo punto espantosa, de tal modo que por su torva mirada y su rostro completamente sombrío le era dado comprender claramente a quien los mirase que eran sin duda servidores infernales. Y éstos llevaban además en sus manos unas agudísimas lanzas.

8. A éstos les dijeron a continuación los santos: “Id con la mayor rapidez al palacio episcopal y entrad en la celda en la que está acostado el santo obispo Fidel e infligidle una grave herida en su cuerpo de modo que su alma, saliendo rápidamente de las cadenas corporales, pueda llegar junto con nosotros hasta nuestro Señor Jesucristo y alcanzar la corona que le está preparada.” 9. Éstos, cumpliendo al instante las órdenes, partieron, pero, sin golpear a aquél en absoluto, regresaron diciendo: “No podemos entrar en la celda de aquél, pues no duerme, sino que yace postrado en tierra y ora. Además, la celda huele con un olor dulcísimo de timiama, tan dulce que la belleza de la fragancia tan grande del incienso que es ofrecido por aquél al Señor no nos permite entrar allí”. 10. De nuevo se lo ordenaron, diciéndoles: “Id y atravesadlo, pues el mandato del Señor debe ser cumplido.” Luego que fueron y no pudieron entrar,

regresando, dijeron por segunda vez: “Su oración nos impide de todo punto entrar.” 11. Ellos les dijeron: “Vana es la oración cuando llega la llamada de Dios. Ea, id y cumplid el precepto del Señor, que es dado una sola vez y no puede ser incumplido en modo alguno”. Y cuando fueron por tercera vez, con el permiso del Señor, entraron. Y ciertamente, lo atravesaron con su mano cruel tan violentamente que el grito que emitió con grave dolor y llanto, este religioso que estaba en la iglesia lo oyó claramente. 12. Cuando se hizo de día, acudió junto al santo obispo y todo lo que había visto, e incluso lo que había oído, se lo contó. Éste le dijo: “Lo sé, hijo mío, lo sé y de ningún modo se me oculta.”

X.1. Cuando hubo dicho esto y sintiéndose desfallecer por entero de repente, pues sus miembros se debilitaban por una repentina enfermedad, pidió ser conducido hasta la basílica de la santísima virgen Eulalia. 2. Allí mismo, en primer lugar, lloró sus pecados con muchas lágrimas por penitencia. Después, con muchos esclavos y necesitados se mostró pródigo con muchas limosnas. Por último, perdonó las deudas de muchos devolviéndoles los recibos. 3. Pero cuando se los había devuelto a todos, quedaba por devolver el recibo de una viuda a la que aquél aguardaba para devolvérselo, pero la pobre mujer no había encontrado el modo de acercarse a él debido a la densa muchedumbre por la que estaba rodeado. 4. Como ésta iba día tras día y no encontraba hueco alguno, como además estaba terriblemente angustiada y llena de desconsuelo, y como , sin haber conseguido nada, regresaba a su casa una y otra vez afligida por la tristeza, una noche se le aparecieron ante su vista los santísimos mártires Cipriano y Lorenzo diciendo: “¿Sabes por qué no encuentras un hueco?” Y ella respondió: “No sé.” 5. Y ellos le dijeron: “¿Por qué acudes con frecuencia a las restantes basílicas de los demás mártires, nuestros hermanos, pero desprecias venir a las nuestras?” 6. Ésta, levantándose al instante, fue corriendo a las basílicas de aquéllos, rezó entre lágrimas una oración, imploró el perdón por su descuido en el tiempo pasado y de allí fue a continuación a la basílica de Santa Eulalia, donde con extraordinaria rapidez encontró su oportunidad, recibió sin dificultad su recibo, 7. y dio inmensas gracias a Dios y a los santos de éste no sólo por haber merecido encontrar la ocasión propicia de acercarse, sino también porque por deseo de los santos de Dios ocurrió que, cuando se acercó, el santo obispo la esperaba con el recibo en su mano para devolvérselo.

8. Y así, sucedió que, luego que él le devolvió aquello bondadosamente y que ella recibió con alegría lo que durante largo tiempo había deseado, poco después el

santo varón, precedido por el conjunto de los santos, partió gozosamente al reino celestial, donde lo aguardaban los coros de los ángeles, y, unido a los batallones celestes, en medio perpetuamente de un gozo perpetuo mereció reunirse con ellos en el palacio divino por mandato de nuestro Señor Jesús. 9. Su cuerpo fue enterrado con grandes honras junto al cuerpo de su santísimo predecesor y en el mismo sepulcro, como en un mismo lecho.

COMIENZA EL RELATO DE LA VIDA Y MILAGROS DEL SANTO OBISPO MASONA

I.1. Después de que este antedicho santo varón parte a la patria suprema, es elegido por la providencia de la piedad divina un varón ortodoxo no inferior a aquél en ninguna de sus virtudes cuyo nombre era Masona. En efecto, un bienaventurado sucedió a un bienaventurado, un santo a un santo, un piadoso a un piadoso, un virtuoso a un bendito, uno que refulgía con todos los carismas a uno que había brillado por sus inmensas virtudes, así, en el orden sacerdotal, Masona sucedió a Fidel. 2. Pues bien, una vez que el predecesor se reunió en los cielos con los ciudadanos celestiales, la gran dulzura de su sucesor y el insigne mérito de éste alivió la tristeza de todos sus conciudadanos en esas tierras, hasta el punto de que no sólo desapareció en todos la tristeza por la muerte de tan gran pontífice, 3. sino que incluso todos alcanzaron a ver claramente que la gracia del Espíritu Santo, nuestro intercesor, que había merecido antaño el obispo San Fidel, como los antiguos Padres de otro tiempo Elías y Eliseo, recaía ahora doblemente en el santo obispo Masona. 4. De modo que el pueblo, luego que le fue arrebatado su pastor, no se entristeció en absoluto afligido por la pesadumbre, sino que se alegró con una alegría doble por gracia de la misericordia divina, pues envió a aquél por delante a los cielos para su propia salvación y a este varón de virtud eximia lo acogió gozosamente en la tierra.

II.1. El santo obispo Masona nació en este mundo procedente de noble estirpe, pero fue mucho más noble por los merecimientos de su vida: godo, ciertamente, por su linaje, pero de mente muy dispuesta al servicio de Dios; hombre muy devoto y ceñido sólidamente con la virtud del Altísimo, adornado de costumbres santas, favorecido por un aspecto de una gran belleza. 2. Estuvo envuelto desde su niñez en una estola refulgente de caridad y humildad, ceñido firmemente con el cinturón de la fe, rodeado insignemente de prudencia y de justicia. Honrado extraordinariamente con el amor del

Dios supremo y del prójimo, fue querido, en efecto, para Dios y para los hombres, siendo admirable por su edad y por su gloria, amante de sus hermanos y gran rezador en beneficio de su pueblo. Su nombre, brillando con muchos milagros, se extendió por toda la tierra.

3. Y así, en los tiempos de éste y gracias a sus súplicas el Señor alejó remotamente de la ciudad de Mérida y de toda la Lusitania la plaga de las enfermedades y la desolación del hambre y las expulsó a lo lejos por los merecimientos de la santa virgen Eulalia, y tanta dicha y abundancia de todo tipo de bienes se dignó conceder a todo el pueblo, 4. que nadie nunca, aunque pobre, parecía necesitar nada, ni se consumía por ninguna necesidad, sino que al igual que los ricos, así también los pobres abundaban en todo tipo de bienes, y con una alegría como la que existe en el cielo el pueblo entero celebraba en la tierra los merecimientos de tan gran pontífice.

5. En todos había alegría, a todos alcanzaba la paz, a ninguno faltaba la felicidad; en los corazones de todos florecía una perfecta caridad, en los espíritus de todos crecía un pacífico gozo, hasta el punto de que, en efecto, vencido el antiquísimo enemigo y superado el viejo dragón, 6. nadie, consternado por la tristeza, nadie, afligido por la angustia, nadie, abatido por terror alguno o dominado por ningún tipo de envidia o animosidad, era agitado por los violentos embates de la astuta serpiente, sino que llenos todos con la ayuda de Dios de una perfecta caridad, gozosos por gracia del Padre piadoso, imperturbables, sin miedo ni temor de nada, se entregaban con constancia a alabar al Señor. 7. Pero no sólo la inmensa caridad de éste ardía en los corazones de todos los fieles, sino que incluso a todos los judíos y los paganos con el extraordinario encanto de su dulzura los arrastraba a la gracia de Cristo.

III.1. Qué gran hombre fue y de qué cualidades, nuestra ignorancia no es capaz de exponerlo punto por punto, pero, aunque callemos lo más importante, recordemos algunos retazos, al menos, de entre lo más importante.

2. En fin, se cuenta que el antedicho varón, antes de ser ordenado obispo, había vivido en la basílica de la santísima virgen Eulalia con la más absoluta diligencia y que había servido allí mismo irreprensiblemente a Dios durante muchos años. 3. Y después que, hallándose en la boca, ojos y espíritu de todos, fue elevado y ordenado obispo por inspiración de Dios, al instante en el comienzo de su episcopado fundó muchos monasterios, los proveyó de grandes propiedades, construyó de forma extraordinaria muchas iglesias y consagró allí mismo a Dios muchas almas.

4. Después edificó un hospital y lo enriqueció con un gran patrimonio, y a los sirvientes y médicos que puso en él les ordenó atender las necesidades de los extranjeros y de los enfermos, 5. y les dio el siguiente precepto: que, recorriendo los médicos sin desmayo el ámbito de toda la ciudad, a cualquiera que encontrasen enfermo, ya fuese esclavo o libre, cristiano o judío, transportándolo en sus brazos lo llevasen hasta el hospital, acostando allí mismo al doliente en los lechos bellamente preparados y proporcionándole alimentos delicados y suculentos hasta que con la ayuda de Dios restituyesen al enfermo su primitiva salud. 6. Y aunque abundantes atenciones eran proporcionadas a muchos gracias a las riquezas acumuladas en el hospital, aún le parecía que era poco al santo varón. Y así, añadiendo a todos estos beneficios otros mayores, ordenó a los médicos que con atenta solicitud se cuidasen de recibir de todos los tesoreros de la iglesia y procedentes de todo el patrimonio de ésta la mitad de todos los presentes llevados al palacio episcopal para que los repartiesen entre los enfermos.

7. Y si alguno de los ciudadanos de la ciudad o de los campesinos del campo acudía al palacio episcopal por alguna necesidad y pedía a los sirvientes vino, aceite o miel, y mostraba la pequeña vasija en que iba a llevárselo y el santo varón lo veía, según era siempre grato de ver y de gesto alegre, al instante ordenaba que fuese rota esa vasija y que se le diese una mayor.

8. Por lo demás, en lo que se refiere a las limosnas a los pobres, qué generoso fue, sólo a Dios le está reservado conocerlo. No obstante, también querríamos brevemente dar cuenta de ello. 9. Tanto era su celo en beneficio de las miserias de todos los desdichados que al diácono que estaba al frente de la basílica de la santísima Eulalia, un venerable varón llamado Redempto, le entregó para su basílica dos mil sueldos para que tan pronto como alguien acudiese por una necesidad urgente, tras hacerle un recibo, recibiese de ellos los que quisiese sin demora ni dificultad alguna y pudiese hacer frente a sus penalidades.

10. Y tampoco creo que deba ser silenciado esto: qué dadivoso fue en los regalos. En efecto, cuidadoso con lo ajeno y generoso con lo propio, no se distinguía por recibir mucho, sino por dar mucho, más atento a dar que a desear, había aprendido que era mayor la felicidad de dar que la de recibir. 11. Mucho daba y nada quitaba, y es más, a todos favorecía. Hacía muchas dádivas, obraba con muchísima largueza, prosperaba con liberalidad a muchos, por sus caridades y por su liberalidad era considerado generoso. Todos eran favorecidos por él y eran enriquecidos con dádivas y riquezas, y se mostraba generoso con sus presentes, más de lo que se puede creer, no tanto con sus

hermanos y amigos, como con los sirvientes de la iglesia. 12. En efecto, hasta tal punto se enriquecieron en sus tiempos que, en el santísimo día de Pascua, cuando acudió a la iglesia, muchos sirvientes vistiendo ropajes de seda se presentaron ante él como ante un rey y, lo que en aquella época nadie habría podido ni habría osado hacer, cubiertos con una vestimenta de este tipo llegaron hasta él llevando el debido obsequio.

13. Pero otro don de tan gran mérito le fue concedido merecidamente por el Señor todopoderoso: su corazón en medio de tan gran opulencia y gloria no se envaneció ni se ensoberbeció nunca con la alegría de esta prosperidad pasajera. 14. En efecto, su humilde ánimo, que se asentaba sobre una piedra solidísima y era de inmaculada conciencia y de pensamiento sincero y desconocedor del engaño, se mostraba humilde en la prosperidad y absolutamente firme en la adversidad, y no se engreía con la prosperidad; su constancia no variaba por ningún daño o beneficio. 15. Era constante en todo y dispuesto a la hora de hacer frente a todo con gran prontitud; de una gran capacidad de sufrimiento y absolutamente firme en su entereza; y así perseveraba, constante ante todas las adversidades, imperturbable ante todas las aflicciones. Ni por la alegría ni por la tristeza variaba su expresión; una era siempre su expresión y siempre se presentaba a todos iluminada por una misma alegría; una era siempre su expresión y nunca variaba por los cambios de la fortuna. 16. No lo ensoberbeció la arrogancia, enemiga de todas las virtudes, sino que conservó en todas las circunstancias una sincera humildad con el sincero y santísimo afecto de su corazón.

IV.1. Y como gracias al favor divino abundaba en tales virtudes, al correrse la voz, se extendió la fama de su bondad y la obra de la luz, iluminada por una verdadera luz, brilló en muchas regiones. 2. Y así, sucedió que esto por su fama llegó a oídos del atrocísimo y crudelísimo Leovigildo, rey de los visigodos, y el dragón, lleno de furia por odio a aquél, siempre adverso a las buenas obras e irritado por estos agudos aguijones, inficionó el alma del príncipe con su veneno de serpiente y vertió un brebaje ponzoñoso en sus entrañas. 3. Tras beber este brebaje de muerte, armado al instante de propósitos diabólicos y excitándolo a ello el odio, ordenó una y otra vez al antedicho santísimo varón por medio de emisarios que, dejando la fe católica, se convirtiese a la herejía arriana con todo el pueblo encomendado a él. 4. El varón consagrado a Dios, después de responder con toda firmeza y anunciar a los mensajeros del rey, que regresaron ante él dos y tres veces, que él nunca abandonaría la fe verdadera que había conocido una vez, censuró además al propio rey arriano en la medida en que debió hacerlo y rechazó de sí esta perfidia con justas increpaciones.

5. Y así, cuando los mensajeros regresaron ante el antedicho rey, éste comenzó a intentar ganarse el ánimo de aquél con diversas seducciones por ver si de algún modo podía doblegarlo al capricho de su herejía. 6. Pero éste despreció las numerosas seducciones engañosas, rechazó como inmundicias las dádivas y los premios, defendió con toda firmeza la fe católica y no quiso callar frente a la herejía para que no pareciese acaso que callando consentía, sino que hizo sonar la trompeta de la verdad oponiéndose con todas sus fuerzas a la sinrazón del rey. 7. Y cuando éste vio que fracasaba con vano esfuerzo, arrebatado por la ira comenzó a perseguir a aquél con muchos espantos, pensando que podría quebrantar con amenazas a quien no había conseguido vencer con agasajos. 8. Pero el santo varón no se quebranta con estos espantos, ni se deja convencer por los agasajos, sino que en su enconada lucha contra el atrocísimo tirano combatiendo en defensa de la justicia permanecía invicto.

V.1. Al advertir, entonces, el crudelísimo tirano que ni con amenazas ni con dádivas podía hacer apostatar el alma del varón de Dios de su recta fe en beneficio de su propia herejía, según era todo él el vaso de la ira, el pábulo de los vicios y el arbusto de la condenación, él, cuyo corazón asediaba el cruel enemigo y tenía cautivo bajo su poder la astutísima serpiente, llevó sobre los ciudadanos amarguras en lugar de dulzura, en lugar de ternura asperezas, en lugar de salud ungüentos mortíferos. 2. En efecto, para excitar sediciosas rivalidades y para perturbar al santísimo varón y a todo el pueblo nombró en esa misma ciudad obispo de la comunidad arriana a cierto varón pestífero, defensor a ultranza de la abominación de la herejía arriana; 3. un varón, en fin, valedor de la perversa doctrina, un hombre funesto y de rostro completamente horrible, cuya frente era ceñuda, sus ojos crueles, su aspecto odioso y sus ademanes horrendos. Era siniestro de mente, depravado de costumbres, falaz de lengua, obsceno en sus palabras, inflado por fuera, vacío por dentro, en su exterior altivo, en su interior vano, externamente hinchado, internamente carente de cualquier virtud, en ambos sentidos repugnante, falto de buenas cualidades, rico en las pésimas, entregado a las maldades y excesivamente cercano a la muerte perpetua.

4. Este antedicho defensor de la herejía, tras usurpar violentamente para sí al llegar a la ciudad de Mérida unas basílicas arrebatadas con todos sus privilegios de manos de su verdadero pontífice con una inconsiderada osadía de acuerdo con las órdenes del rey, 5. sujetado por las macizas cadenas del funesto saqueador y corrompido por los mortíferos brebajes de éste, comenzó a lanzar rabiosos ladridos contra el siervo de Dios y a vomitar con sonoros términos inmundísimas y amenazantes palabras. 6.

Pero al siervo probadísimo de Dios ni la amenaza de un canalla lo quebrantó, ni la borrascosa ira de un maléfico lo aplacó, ni la tempestad de un insensato depravado lo doblegó, sino que como un muro fortísimo permaneció inamovible frente a todas las tormentas en defensa de la santa fe.

7. Y como el antedicho hereje quería perturbar con todas sus fuerzas al siervo de Dios y a todos los fieles mediante refinadas artimañas y no podía, fiado del favor real se esforzaba en apoderarse por todos los medios de la basílica de la santísima virgen Eulalia para consagrarla a la herejía arriana tras arrebatársela a su verdadero obispo. 8. Como el santo obispo Masona y todo el pueblo con él resistían firmemente frente a aquél y luchaban contra él tenazmente, el antedicho pseudoobispo Sunna escribió muchas acusaciones contra el santo varón al citado príncipe y le sugirió que la sagrada basílica que deseaba ardientemente poseer, arrebatándola del poder de los católicos la pusiese por mandato real bajo su dirección. 9. Se dice que aquél, de acuerdo con esto, promulgó la siguiente sentencia: que, reuniéndose los jueces de la iglesia en el palacio episcopal, los dos obispos acudiesen a ser oídos por ellos, y en su presencia sostuviesen un debate en defensa cada uno de su doctrina, discutiendo sobre ellas y atacando alternativamente los argumentos contrarios, y que con los libros de las Sagradas Escrituras apoyasen y confirmasen, citando su testimonio, todas sus palabras; y que aquél cuya causa obtuviese el triunfo reclamase igualmente para sí la iglesia de Santa Eulalia.

10. Cuando este decreto, al extenderse la noticia, llegó a oídos del santo varón Masona, al instante se dirigió presuroso a la basílica de la santa virgen Eulalia y, humillado en el suelo ante el altar bajo el que se halla el venerable cuerpo de la santa mártir, permaneció allí postrado durante tres días junto con sus noches manteniendo ayuno y entregado persistentemente al llanto. 11. Finalmente, al tercer día regresó al palacio episcopal, que está construido dentro de las murallas de la ciudad, y volvió con tanta alegría y seguridad que a ninguno de entre los fieles le pareció dudoso que aquél iba a acudir en su ayuda. Y así dijo el santo varón: “No os preocupéis por lo que habréis de decir. Sino que lo que se os diga en aquel momento, eso decid: pues no seréis vosotros quienes habléis, sino el Espíritu Santo.”

12. Y cuando llegó a la ciudad y, yendo al atrio, se sentó allí, con la alegría de su rostro disipó la tristeza de todos los fieles y los exhortó a que no dudasen en modo alguno de su victoria. Y mientras aguardaba al abominable obispo arriano y a los jueces esperó durante larguísimo tiempo. 13. Finalmente, llegó el obispo arriano junto con los

jueces rodeado de una gran muchedumbre de gente e hinchado con la arrogancia de la soberbia. Entonces finalmente se sentaron los obispos y tras ellos los jueces, los cuales eran los principales secuaces de la herejía arriana y del impiísimo rey. 14. Cuando se sentaron, el santo obispo Masona, como correspondía a su extraordinaria gravedad y extraordinaria prudencia, permaneció en silencio largo tiempo con los ojos puestos en el cielo. Y como éste callaba, Sunna, el obispo de los herejes, comenzó a hablar en primer lugar y su abominable boca empezó a proferir a grandes voces palabras estridentes, violentas, desapacibles y heréticas. 15. Cuando el varón de Dios le respondió paciente, amable y dulcemente, y le expuso brillantísimamente toda la verdad, y éste a su vez, como a través de la boca de la serpiente silbó palabras insolentes, comenzaron uno y otro a disputar un gran combate verbal entre sí. 16. Pero de ningún modo pudo la masa de carne resistir ante la sabiduría de Dios y ante el Espíritu Santo, que hablaba a través de la boca de su siervo el obispo Masona.

17. ¿A qué mas palabras? Vencido y superado Sunna completamente por la razón, calló y cubierto por un gran rubor enrojeció, y no sólo él, también sus perversos partidarios, que se esforzaban importunamente por prestar ayuda a su causa. 18. Y no sólo enrojecieron llenos de confusión, sino que incluso, al oír durante la exposición fluida como la miel que salió de la boca de Masona las palabras de inestimable doctrina de éste, aturdidos en sus mentes y dominados por un extraordinario estupor, alababan con gran admiración a quien poco antes habían querido derrotar. 19. En efecto, tanta gracia en aquel día se dignó proporcionar el Señor a los labios de aquél, que nunca nadie antes lo había visto tan brillante y con una expresión tan armoniosa; y aunque siempre había enseñado con una expresión armoniosa, no obstante, entonces se mostró más elocuente que los restantes días.

20. Lo vieron los rectos y se regocijaron y toda la iniquidad cerró su boca, pues Dios atrancó la boca de los que hablaban iniquidades. Y todos los fieles se vieron fuertemente sorprendidos, pues, aunque antes habían conocido disertísimo a este varón, no obstante no recordaban que hubiese pronunciado nunca tan elocuentes palabras, tan brillantes y con una expresión tan luciente. 21. Entonces, al instante, todos los ortodoxos y todos los católicos, luego que los enemigos habían sido abatidos y vencidos, comenzaron a aclamar con alabanzas al Señor, diciendo: “¿Quién hay semejante a ti entre los dioses, Señor? ¿Quién hay semejante a ti? No hay obras como las tuyas.” 22. A continuación se dirigieron en buena concordia a la basílica de la gloriosa virgen Eulalia junto al vencedor obispo Masona. Acudieron, en efecto, al

sagradísimo templo de aquélla exultantes en medio de alabanzas a Dios y entraron en él cantando cánticos de alegría a grandes voces, allí dieron infinitas gracias a Dios todopoderoso porque merced a las súplicas de su santa virgen había elevado a lo alto a sus siervos y había reducido a la nada a sus enemigos.

VI.1. Por su parte, el antedicho herético obispo Sunna, aunque había sido completamente vencido por la razón y la verdad, se reafirmó pertinazmente en su anterior fe y no podía alcanzar el puerto de la salvación libremente por su propio pie, pues el antiguo enemigo con permiso de Dios había endurecido su rocoso corazón como el del faraón. 2. Tras esto, al verse superado en todo, comenzó violentamente a tramar contra el siervo de Dios más y más acusaciones y múltiples falsedades mediante astutas intrigas, a lanzarse él mismo armado con todo tipo de armas contra el soldado de Cristo, en la idea de que así lo atacaría mejor, y a hacer llegar secretamente a oídos del príncipe arriano Leovigildo contra el obispo y santísimo varón Masona muchas acusaciones. 3. En nada, ciertamente, la astucia del adversario se impuso, en nada su perniciosa maldad quebrantó al varón de Dios, a quien la gracia del Redentor armó con las armas espirituales.

4. Finalmente, el espíritu maligno empujó al ya tantas veces citado rey de los arrianos a que alejase al santo varón de su sede y le ordenase acudir ante él. Rápidamente sus esbirros, cómplices en el crimen, cumpliendo el edicto de este mandato y yendo a la ciudad de Mérida, apremian al santo varón a que se apresure a ir con toda rapidez a la ciudad de Toledo, en la que estaba el rey. 5. Así, cuando súbitamente el santísimo varón y obispo Masona fue arrancado del seno de su santa iglesia de forma precipitada y a pesar de ser inocente era conducido al exilio como un reo, la voz de todos los ciudadanos de Mérida resonaba en medio de grandes lamentaciones e intolerables lágrimas, pues proclamaban con inmensos gemidos e inmensos gritos que les era arrebatado el remedio de tan gran pastor, gritando, en efecto, con estas palabras: 6. “¿Por qué, pastor piadoso, abandonas tu redil? ¿Por qué dejas a tu rebaño, siendo así que éste ha de perecer? ¡No nos arrojes, te lo suplicamos, en las fauces de los lobos!, ¡que tus ovejas, reconfortadas hasta este momento con flores cargadas de néctar no sean desgarradas por los lobos al no dedicarles tus cuidados como pontífice!” 7. Se dice que aquél entonces conmovido se echó a llorar con muchas lágrimas, según siempre estaba lleno de sentimientos piadosos por amor al Señor. Luego, dirigiéndose a ellos con muchas palabras, se dignó consolarlos con extraordinaria delicadeza. 8. Tras esto, despidiéndose de todos, llevando consigo el

sostén divino, partió con serenidad, entereza y rostro alegre, como siempre acostumbraba.

9. Cuando llegó a la ciudad de Toledo y acudió a presencia del atrocísimo tirano, el rey, hiriéndolo con muchas injurias e inquietándolo con muchos espantos, deseaba arrastrarlo a la herejía arriana con todas las fuerzas de su depravado propósito. 10. Y aunque el varón de Dios soportaba de buen grado todas las afrentas lanzadas contra él y lo toleraba todo serenamente, comenzó, no obstante, a responder con toda mansedumbre, pero sin titubeos, a todos los ladridos que el rabioso perro le lanzaba y a responder audazmente al tirano sin preocuparse de las afrentas propias, pero dolido por las injurias contra la fe católica.

11. El dementísimo rey, excitado más y más por la firmeza de aquél, comenzó a ladrar mucho más con su rabiosa boca ladridos más rabiosos contra el siervo de Dios. 12. Después con amenazas y espantos comenzó a intentar forzarlo a que le entregase la túnica de la santísima virgen Eulalia para tenerla allí mismo en Toledo en la iglesia de la depravación arriana. 13. A esto el varón de Dios respondió: “Has de saber que nunca mancillaré mi corazón con las abominaciones de la superstición arriana, que nunca ensuciaré mi mente por causa de tan perverso dogma. La túnica de mi señora Eulalia nunca la entregaré para que sea profanada por las sacrílegas manos de los herejes, ni siquiera para que sea tocada por la punta de sus dedos, y nunca podrás encontrarla y apoderarte de ella.” 14. Al oír esto, el sacrílego tirano, lleno de un furor demencial, envió rápida y velozmente a la ciudad de Mérida esbirros que buscasen cuidadosamente por todas partes la santa túnica y que, escudriñando astutamente tanto entre el tesoro de la iglesia de Santa Eulalia, como incluso en el tesoro de la iglesia más antigua, la que es llamada de Santa Jerusalén, investigasen hasta encontrarla y llevarla ante él.

15. Aunque éstos, tras llegar allí, la buscaron infatigablemente por todas partes, no la encontraron, y así, con las manos vacías, regresaron ante su rey. Cuando le anunciaron esto, el diablo comenzó a gruñir con mayor violencia y a rechinar sus dientes contra el varón de Dios. 16. Cuando éste es llevado a presencia del rey, éste le dice: “Dime dónde está lo que busco o ten presente, en el caso de que no lo digas, que vas a ser afligido con graves tormentos y después vas a partir hacia una región lejana al exilio, donde, afligido por muchos pesares y apremiado insoportablemente por todo tipo de necesidades, morirás de una muerte cruel.” 17. Se dice que a esto el varón de Dios dio la siguiente respuesta: “¿Me amenazas con el exilio? Has de saber que no me atemorizo por tus amenazas, ni temo en modo alguno el exilio, y por eso te suplico que,

si conoces alguna región donde no esté Dios, allí ordenes que yo sea llevado al exilio.” 18. A éste le dice aquél: “¿Y en qué lugar no está Dios, necio?” Y el varón de Dios respondió: “Si sabes que Dios está en todas partes, ¿por qué me amenazas con el exilio? En efecto, has de saber que, adondequiera que me envíes, no me abandonará la piedad del Señor. Y tengo esto por cierto, que cuanto con mayor crueldad tú te ensañes contra mí, tanto más me socorrerá su misericordia y me consolará su bondad.”

19. Afligido interiormente el dementísimo tirano por la firmeza de aquél con un suplicio mayor de su perversa mente y arrebatado por la cólera y una excesiva amargura, le dice: “Entrégame la túnica que con engaños sustrajiste o, en el caso de que no la entregues, haré que tus miembros sean desgarrados con diversos suplicios.” 20. A éste así respondió impertérrito el soldado de Dios: “Ya te he dicho una vez, y te lo repito, que no me voy a atemorizar con tus amenazas. Que tu perversa mente trame contra mí mayores asechanzas, cualesquiera que sea capaz de tramar, no obstante, yo no te temo, ni, aterrorizado por el miedo, te entregaré lo que buscas. Y debes saber que la túnica la quemé con fuego, la reduje a polvo y me bebí éste mezclado con agua.” 21. Y decía, golpeándose el estómago con su mano: “Debes saber evidentemente que, tras reducirla a polvo, me la bebí y que está aquí dentro, en mi vientre. Nunca te la devolveré.” Por lo demás, decía esto porque, sin que nadie lo supiese, la llevaba ceñida en torno a su estómago, plegada y cubierta con lino bajo sus vestiduras. Y la llevaba allí con el conocimiento únicamente de Dios, pues así había cegado Dios los ojos del rey y de todos los servidores de éste, de modo que nadie comprendía por qué decía esto el varón de Dios.

22. Mientras eran dichas estas palabras y otras semejantes a éstas y el cielo estaba completamente en calma, de repente la majestad divina tronó desde el cielo con gran estruendo, hasta el punto de que el rey Leovigildo cayó tembloroso a tierra desde su trono lleno de temor. Entonces el varón de Dios con gran júbilo dice serenamente: “Si hay que temer a un rey, he aquí un rey a quien conviene temer; uno a quien tú no te puedes comparar.” 23. Entonces finalmente, el espíritu maligno, siempre armado de invectivas, abrió inmediatamente con funestas palabras la boca sacrílega del tirano y ladró al instante esta sentencia propia de su impiedad: “Ordenamos que Masona, siempre hostil a nosotros por nuestras prácticas, enemigo de nuestra fe y contrario a nuestra religión, llevado fuera de nuestra presencia al instante, sea conducido al exilio.”

24. Cuando el hostil e impiísimo rey dictó contra el inocente esta injusta sentencia, rápidamente sus esbirros y cómplices en el crimen lo llevaron fuera de su

presencia y prepararon para él por orden del rey un feroz caballo para montarlo en él y que lo tirase, de modo que al caer muriese cruelmente rompiéndose el cuello. En efecto, era un caballo de tan gran ferocidad que ningún jinete se atrevía a montarlo, pues ya había hecho caer a muchos de cabeza. 25. Y cuando era preparado para el varón de Dios para que montase en él, el crudelísimo rey, mirando desde lo alto por una ventana del palacio, esperaba que el santo varón le proporcionase un gran espéctaculo cayéndose del caballo. 26. Entonces, tras hacer la señal de la cruz en el nombre del Señor, el santísimo sacerdote subió al feroz caballo, que el Señor le volvió mansísimo como un cordero. Y, en efecto, comenzó a recorrer el trayecto de su marcha con toda mansedumbre y precaución, él que poco antes con inmensos bufidos y relinchos y un incesante movimiento de todo su cuerpo rechazaba llevar a otro como si despreciase esto. 27. Y cuando todos vieron este milagro se quedaron totalmente estupefactos, llenos de asombro. E incluso el propio rey sintió un gran asombro. Pero, ¿en qué podía ayudar a un ciego el resplandor lucentísimo del sol cuando su corazón lo había obscurecido de todo punto el crudelísimo enemigo?

28. Y así, el santo obispo de Dios Masona con la única compañía de tres sirvientes llegó al lugar destinado, con quienes a continuación los hombres encargados de su castigo que habían sido enviados por el rey lo abandonaron exiliado en un monasterio. Su apartamiento fue la mayor ventura, su afrenta la más distinguida santidad, su partida una inmensa felicidad.

29. Tras esto, es elegido en su sustitución un falso sacerdote de nombre Nepope, y es puesto en la ciudad de Mérida en el lugar del varón de Dios, un hombre, en efecto, impío, siervo, ciertamente, del diablo, ángel de Satanás, precursor del Anticristo, y éste era el obispo de otra ciudad. Y cuanto más se distinguía el varón de Dios por sus copiosas virtudes, tanto más se envilecía aquél, por su parte, con sus abominables actos.

VII.1. Después de haber practicado durante más de tres años una vida santa el santo obispo Masona y haber sobresalido allí por sus muchas virtudes, todo lo imprescindible que allí tenía para sus propias necesidades y las de sus sirvientes lo distribuyó entre los pobres. 2. Y cuando apenas le quedaba ya nada por dar, cierta viuda pobre que debía hacer frente a muchas penurias se presentó ante él suplicando una limosna. 3. Cuando el varón de Dios, que ya lo había empleado todo en una obra semejante, buscó con todo su interés algo para darle, al no encontrar nada, comenzó a pedir a los sirvientes que estaban con él que, si alguno de ellos tenía algo, se lo presentase cristianamente para entregarlo a la antedicha mujer. 4. De entre éstos

respondió uno de nombre Sagato, que mandaba sobre los demás, diciendo: “Tengo, ciertamente, un sueldo, pero si lo doy, no tendremos con qué comer en lo sucesivo ni nosotros ni nuestra bestia de carga.” 5. El varón de Dios le mandó que sin vacilación alguna diese a aquélla todo el dinero sin reservarse nada de él para sí mismo y sin dudar que el Señor los asistiría proporcionándoles inmediatamente todo tipo de bienes. 6. Pero aunque, obedeciendo la orden de aquél, le dio el sueldo a la mujer, un instante después el antedicho Sagato corrió hasta esa misma mujer y le suplicó que, puesto que no tenía con qué comprar comida, del sueldo que le había prestado le devolviese al menos un tremís con el que atender su necesidad. Aquélla, al instante, le devolvió un tremís sin apenarse y se llevó consigo los otros dos llena de gozo.

7. No hubo demora, y he aquí que de repente fueron hallados ante las puertas del monasterio doscientos asnos cargados que habían sido enviados al santo varón por diversos varones católicos con diversos alimentos. Cuando esto fue anunciado al varón de Dios y le fueron ofrecidos los presentes por aquéllos que habían ido allí, luego de dar inmensas gracias a Dios todopoderoso, mandó al instante que se presentase ante él Sagato. 8. Cuando éste llegó, le dijo el varón del Señor: “¿Cuánto has dado a la mujer que pedía limosna?” Y aquél respondió: “Según tu mandato, le he dado entero el sueldo que tenía. Pero como nos apremiaba la necesidad, he recibido luego de ella un tremís.” 9. Y el varón del Señor dijo: “Que el Señor te perdone, hermano, pues te has mostrado desconfiado y has dudado de la misericordia del Señor. Además has pecado contra muchos pobres. Dos tremises has dado, y he aquí que has recibido dos mil sueldos y doscientos asnos cargados con muchos alimentos, pero si no te hubieses quedado con el tercer tremís, habrías recibido, sin duda, trescientos asnos cargados.” 10. Después, manifestándoles su agradecimiento y dándoles su bendición en acción de gracias, a todos los que se lo pidieron los reconfortó con los libros y las epístolas de las Sagradas Escrituras. Él, por su parte, inmediatamente, casi todo lo que le había sido llevado, lo distribuyó entre los pobres.

VIII.1. Unos días después, cuando entró en la iglesia del monasterio para orar, de repente sobre el altar de la santa iglesia se le apareció la santísima virgen Eulalia en forma de una paloma de nívea blancura, y, hablándole dulcemente, como corresponde a una piadosísima señora, se dignó consolar a su fidelísimo siervo. Despúes le dice: “He aquí que ha llegado ya el tiempo en que debes seguir prestándome tu anterior servicio regresando a tu ciudad.” 2. Y tras decir esto, desapareció de su vista con veloz vuelo. Por su parte, el varón de Dios, aunque exultaba de alegría merced a tan gran visión y tan

gran consuelo, no obstante, comenzó a llorar abundantemente porque, dejando la quietud de su pobreza y de su alejamiento, regresaba a los torbellinos y a las tormentas del mundo. En efecto, no le era dudoso que, lo que había oído, había de cumplirse rápidamente.

3. Entonces finalmente, sin que se interpusiese demora alguna, la antedicha virgen gloriosa castigó con una severísima pena los ultrajes que había sufrido su siervo. Por fin, una noche se presentó ante el impío tirano Leovigildo cuando éste descansaba en su lecho y lo azotó en uno y otro costado durante largo tiempo con latigazos, diciéndole: “Devuélveme a mi siervo, pues, si te demoras en hacerlo regresar, has de saber que serás atormentado con más dolorosos suplicios.” 4. Hasta tal punto fue flagelado el desdichado que, despertándose en medio de un gran llanto, mostraba sus moraduras a todos sus servidores, gritando que por esto había sido flagelado, por haber infligido esos ultrajes al santísimo obispo. Y así, quién le proporcionó los golpes, su nombre, apariencia, gesto y belleza lo refirió con detalle y todo lo dio a conocer con grandes gritos abiertamente.

5. Así pues, inmediatamente, temiendo ser castigado con mayor dureza por el juicio de Dios, según era siempre en todo momento un perversísimo simulador y un falacísimo disimulador, simulando piedad, ordenó que el varón de Dios, que había sido expulsado en vano de su ciudad, se ocupase de nuevo de la dirección de su iglesia. 6. Pero como el santísimo varón Masona se negaba a lo que le pedía el malvadísimo rey y afirmaba que iba a permanecer donde había sido desterrado, aquél lo instó una y otra vez con repetidas súplicas a que se dignase regresar a su ciudad. Al instante, la piedad de Dios excelso ablandó su sincero corazón y una abundante benevolencia abrió a su siervo el camino de regreso. 7. Y cuando finalmente regresó con la ayuda de Dios, con súplicas y presentes el crudelísimo rey se esforzaba por ganarse el favor de aquél a quien tiempo atrás había castigado con el exilio mediante engaños. Éste, por su parte, rechazó los presentes, despreció las dádivas, olvidó con clemencia el crimen perpetrado contra él y, según la doctrina del Señor, de las culpas de sus deudores no guardó memoria, sino que las disculpó.

8. A continuación, acompañado por un grandísimo gentío, inició el regreso a la ciudad de Mérida desde el lugar donde había sido desterrado. Cuando Nepope, que había sido elegido para sustituirlo, conoció su retorno, aterrorizado al instante por un temor enviado por Dios, se apresuraba a huir a la ciudad en la que antes había sido obispo. 9. No obstante, antes de partir, mucho dinero, excelentes objetos preciosos y

todo lo mejor que vio en la iglesia de Mérida, en muchos carros cargados hasta arriba y a través de hombres de la iglesia de Mérida lo envió arbitrariamente en secreto una noche a su ciudad. 10. En efecto, Nepope tras ser expulsado de Mérida en penosas circunstancias por todo el clero y el pueblo, se dirigió rápidamente a su ciudad, y, para que el varón de Dios, Masona, no lo encontrase en su iglesia y lo arrojase de allí con total ignominia, se apresuró a partir lo antes posible. 11. Y después de huir éste el primero con unos pocos, tras él todos sus colaboradores, partiendo ignominiosamente de la ciudad, dispersamente, desordenadamente, vagando por diversos caminos, se dirigían a sus ciudades.

12. Y cuando esto sucedía, por voluntad de Dios y por los méritos de Santa Eulalia, de improviso, el mismo día aconteció que San Masona con una infinita multitud regresaba a la ciudad de Mérida por el mismo camino por el que se apresuraban los carros cargados con sus bienes. 13. Al encontrarse con éstos en el camino no lejos de la ciudad, el varón de Dios mandó preguntar de quién era todo eso y los carros. Y ellos, al conocer a su señor verdadero, llenos de una gran alegría, respondieron: “Somos tus servidores, señor.” Aquél les preguntó a continuación qué llevaban en los carros. 14. Ellos, a su vez, dijeron: “Llevamos los bienes de Santa Eulalia y los tuyos, que ha robado el hostil ladrón Nepope, y nosotros mismos, desdichados, marchamos a la esclavitud separados de nuestros bienes, hijos y mujeres, y expulsados de la patria en la que nacimos.” 15. Cuando el varón del Señor oyó esto, lleno de una gran alegría dice: “Gracias te doy, buen Señor Jesús, porque es grande la multitud de tu dulzura, pues te has dignado mostrar una solicitud tan grande en todo en favor de tus siervos, aunque indignos, que nos has traído felizmente de vuelta, libres de todo mal, y no has entregado tu hacienda en poder de tus enemigos.” 16. Y tras decir esto, ordenó que todos regresasen a su ciudad, y, así, llegó a la ciudad y todos se alegraban con una gran alegría.

17. Y como alguien sediento desea en medio del ardor del calor las fluentes aguas de las fuentes, así aquél mereció llegar con la ayuda de Dios a la iglesia de Santa Eulalia cuando su espíritu ardía y se abrasaba. Y cuando allí mismo satisfizo su deseo con todo su ser, celebrando gozosamente el nombre del Señor, y celebrándolo todos, entró en la ciudad. 18. Así, en efecto, la iglesia de Mérida, llena de gozo, recibió a su guía con la mayor alegría. Se alegraban, ciertamente, de que el enfermo hubiese encontrado remedio, de que el oprimido hubiese hallado consuelo, de que el alimento no faltase al necesitado. 19. ¿Qué decir de muchas otras cosas? Fueron reportadas por el

Señor a la iglesia de Mérida abundantes mercedes. En efecto, a la escasez causada por diversas calamidades, a las numerosas mortandades que ocasionaba la peste, a las desmesuradas tormentas que se abatían sobre la ciudad puso fin la presencia del santo varón gracias a la misericordia del Señor. Éstas, sin duda, al ser alejado el pastor, las provocó su ausencia.

IX.1. Así pues, como Leovigildo no suponía un beneficio para Hispania, sino un perjuicio, y más bien causaba la ruina de ella que gobernaba sobre ella, y no quedaba ningún tipo de infamia o crimen que no defendiese como propio, apartándose completamente de Dios, es más, abandonado él mismo por Dios, perdió a un tiempo desdichadamente reino y vida. 2. En efecto, consumido por una gravísima enfermedad por voluntad de Dios, acabó su perversísima vida y alcanzó para sí una muerte perpetua; y su alma, tras abandonar cruelmente su cuerpo, entregada a penas perpetuas, consagrada para siempre a las grutas tartáreas del érebo, condenada no sin merecimiento, es oprimida por sombrías aguas hirvientes de pez donde ha de arder por siempre.

3. Despúes de la crudelísima muerte de éste, un venerable varón, el príncipe Recaredo, hijo de aquél, obtuvo en derecho el gobierno del reino, merecidamente fue encumbrado a la grandeza del principado, según le correspondía, y por sus excelentes méritos, legítima y solemnemente, alcanzó por concesión de Dios la grandeza real. 4. Un varón, en fin, ortodoxo y de todo punto católico, que, siguiendo, no a su perverso padre, sino a nuestro Señor Jesucristo, convirtiéndose abandonó la depravación de la herejía arriana y con una extraordinaria predicación a todo el pueblo de los visigodos lo condujo a la verdadera fe. 5. Era, en efecto, confesor de la religión divina, predicador de la recta gloria y defensor por todos los medios la fe católica, predicaba la eterna santa Trinidad de una sola virtud y substancia y por medio de la distinta individualidad de sus personas distinguía entre ellas afirmando que en esencia hay un solo Dios, diciendo que el Padre es ingénito, asegurando que el Hijo ha sido engendrado por el Padre y creyendo que el Espíritu Santo procede de uno y de otro. 6. Adornado, en efecto, con estas virtudes, comenzó a amar a todos los que veía que eran queridos para Dios, y a aborrecer completamente y a execrar a los que conocía que eran odiosos a Dios, y el error de la abominable impiedad de los herejes lo condenó.

7. Mientras esto acontecía rápidamente y una gran tranquilidad llegaba de nuevo a la Iglesia católica por el favor de Dios, y el error de la calamidad arriana era expulsado de las mentes de casi todos, y, tras cesar todas las rivalidades, la ciudad de Mérida junto

con su santo obispo Masona se alegraba por la gracia de tanta tranquilidad y daba incesantemente gracias al Señor, de nuevo el antiguo enemigo, incitado por su acostumbrado odio, que había revivido, a través de sus esbirros perpetró asechanzas contra el siervo de Dios.

X.1. En efecto, el obispo godo Sunna que anteriormente hemos mencionado, incitado por el diablo, a algunos de entre los godos, nobles por su linaje y muy ricos por sus haciendas, de entre los cuales incluso algunos habían sido puestos por el rey en algunas ciudades como condes, los persuadió con astucia diabólica, 2. los separó junto con una enorme multitud del pueblo del conjunto de los católicos y del seno de la Iglesia católica, y tramó contra el siervo de Dios, el obispo Masona, malvados planes para matarlo.

3. Entonces finalmente envió unos servidores suyos ante él y, fingiendo amor a la bondad de éste, a través de aquéllos le rogó que viniese a su casa para matar allí mismo al varón de Dios con una muerte crudelísima. Cuando aquéllos llegaron y le propusieron esto, el santo varón, lleno del espíritu de Dios, comprendió su engaño y les dijo al instante: “Yo no puedo ir allí en este momento porque ocurre que debo atender los asuntos de la Iglesia católica. De modo que, si desea verme, que venga aquí al palacio episcopal y que me vea como quiere.” 4. Los que habían sido enviados, regresando, anunciaron lo que habían oído. Cuando oyó esto, a los antedichos condes con los que tramaba asesinar al santo varón los hizo venir rápidamente a su casa y les dijo que acudiesen con él al palacio episcopal. 5. Pero antes estableció con ellos que, cuando entrasen en el palacio episcopal, uno de ellos, cuyo nombre era Witerico, que incluso después llegó a ser rey de los Godos, sacando su espada, atravesase de una sola cuchillada al santísimo varón, de modo que no hubiese necesidad de una segunda.

6. Después de informar al citado Witerico de este plan, todos juntos se dirigieron al palacio episcopal del santo obispo con un solo ánimo y un mismo propósito. Cuando llegaron y quisieron entrar inmediatamente, se les impidió y se les rogó que aguardasen un poco ante la puerta hasta que el santo Masona enviase a buscar a Claudio, un varón ilustrísimo, duque de la ciudad de Mérida, para que, estando éste presente, se mirasen con mutuas y alternas miradas. 7. También Claudio, por su parte, nació de noble linaje y fue descendiente de padres romanos. Era completamente católico en su fe y muy firme en sus creencias religiosas, valeroso en la batalla, muy piadoso en el temor de Dios, erudito en la ciencia militar y no menos ejercitado en las acciones militares. 8. Y cuando

se le avisó, dado que su casa estaba muy cerca de el palacio episcopal, apresurándose se presentó allí rápidamente con una enorme multitud.

9. Finalmente, cuando el ilustre varón Claudio entró en el palacio episcopal, rápidamente también entraron aquéllos que hemos mencionado antes con grandes masas de gente, y a continuación, tras saludar al santo varón, se sentaron según la costumbre. 10. Cuando llevaban hablando durante largo rato entre sí sentados, el citado Witerico, un joven muy fuerte, que estaba de pie a la espalda del duque Claudio, ilustre varón, como es natural en alguien más joven aún por edad que honra a alguien mayor, y además su valedor, 11. quiso sacar de su vaina con todas sus fuerzas la espada de la que iba provisto para matar al santo Masona y a Claudio según lo que se había acordado. Pero por voluntad de Dios la espada permaneció tan firmemente sujeta dentro de la vaina que se creería que había sido asegurada a ella con clavos de hierro.

12. Y después que llevaba un largo tiempo queriendo sacar la espada, pero no lo había conseguido en absoluto, los partícipes de este depravado plan comenzaron a preguntarse en silencio por qué Witerico no cumplía lo que había prometido y mirándolo lo exhortaban sutilmente con sus ojos más y más a que cometiese sin vacilar tamaña impiedad y tan enorme pecado, y a que no temiese de ningún modo matar con la espada a los citados varones. 13. De acuerdo con tan crudelísima exhortación de éstos, quiso aquél sacar una y otra vez su espada de la vaina con todas sus fuerzas, pero no pudo en ningún momento. Y cuando el antedicho joven lo notó, comprendió que la espada estaba sujeta por voluntad divina, según él no había podido desenvainar entonces el arma que siempre había tenido a mano para su utilización, y, lleno de asombro, palideció. 14. Por su parte, los partícipes de este abominable crimen, cuando vieron que las maquinaciones de su malvadísimo plan habían quedado frustradas por voluntad divina, se levantaron inmediatamente y, despidiéndose, regresaron a sus casas con amargura.

XI.1. Y cuando éstos se marcharon, Witerico no volvió con ellos, sino que al instante cayó tembloroso a los pies del santísimo varón, el obispo Masona, y le reveló toda la intriga y le contó con sinceridad cómo había querido matarlo y no había podido desenvainar la espada. 2. Tras esto, le dice con lágrimas: “Confieso mi pecado: quise perpetrar este mal con todas mis fuerzas, pero no me lo permitió Dios.” Y añadió: “Y han tramado contra ti otra asechanza para imponerse en seguida en el sagradísimo día de la Pascua, dado que aquí en el palacio episcopal no se han impuesto ahora. Y tienen este plan: que, cuando en la Pascua, según la costumbre, celebréis aquí la misa en la iglesia

más antigua y tras la misa, según lo que es costumbre, vayáis cantando salmos a la iglesia de Santa Eulalia con todo el pueblo católico, 3. sus hombres se situarán junto a la puerta de la ciudad con muchos carros cargados de espadas y garrotes, y fingiendo llevar trigo para disimular su engaño; y que así, cuando vosotros avancéis sin armas y desprevenidos, de repente toda la multitud de éstos caiga sobre vosotros y, cogiendo las espadas y los garrotes, con una cruel muerte os maten a todos al mismo tiempo, hombres y mujeres, viejos y niños.

4. Por mi parte, yo, desdichado de mí, que me he mezclado en tan gran crimen, te pido tu indulgencia, piadosísimo señor mío, y te suplico que con tus ruegos el Señor me conceda su perdón. Ciertamente, todo lo que sé te lo he expuesto verazmente y te lo he contado sinceramente. 5. Estoy en vuestras manos, haced conmigo lo que parezca bueno y recto a vuestros ojos. Y que tu santidad no me considere por casualidad falaz o mentiroso, no me permitas abandonar el palacio episcopal, hazme, por el contrario, custodiar como ordenes, hasta que lo investigues todo con cuidado y lo conozcas con todo detalle. Y si descubres que esto no es así y que miento, no quiero vivir."

6. Cuando el varón del Señor, el obispo Masona, que siempre brilló por la virtud de su piedad, oyó esto, lo exhortó con dulzura a que no temiese nada en absoluto, dio gracias al Señor todopoderoso, que había librado a sus siervos de tan grandes peligros, y después envió a buscar al duque Claudio y lo informó de todo. 7. Cuando éste lo oyó, ordenó que el asunto se mantuviese de momento en silencio, no fuese que, al conocer que su plan había sido descubierto, aquéllos se diesen a la fuga. Y cuando investigaron sagazmente, descubrió claramente que era verdad lo que les había sido revelado.

8. Y cuando los citados condes arrianos, en la visita que se hacía al obispo según la costumbre como muestra de respeto, llevaron a efecto aquello que habían tramado, y la multitud de los conspiradores se había distribuido por todas partes para la emboscada, de improviso el duque Claudio cayó sobre ellos, y unos de entre ellos fueron capturados, y otros que quisieron hacer uso de sus espadas, perecieron al instante bajo las espadas. 9. A continuación, el duque Claudio se dirigió con una enorme multitud a casa del obispo arriano Sunna y detuvo también al propio obispo herético que no sabía nada de lo sucedido y lo confió al santo obispo Masona para que fuese estrechamente vigilado. 10. Asimismo a todos sus cómplices los entregó a continuación para que los encarcelasen, pero dispuso que Witerico, que había revelado los planes de los malvados, marchase libre.

11. Todo lo que había acaecido el duque Claudio lo comunicó al ortodoxo príncipe Recaredo y le pidió que, emitiendo inmediatamente un decreto, le ordenase qué debía hacerse con los enemigos de nuestro Señor Jesucristo. 12. Por su parte, el rey, al recibir esta petición, dictó la siguiente sentencia: que todos, privados del conjunto de sus bienes y de sus honores, fuesen conducidos al exilio cargados de cadenas y aherrojados con ellas; que al pseudoobispo Sunna, por su parte, lo exhortasen a que se convirtiese a la fe católica y, en caso de que se convirtiese, que entonces finalmente le ordenasen que debía arrepentirse y llorar sus faltas con una satisfacción de lágrimas, de modo que, después de arrepentirse, cuando ya hubiesen comprobado que era un perfecto católico, lo nombrasen a continuación obispo en cualquier otra ciudad.

13. Y aunque le dijeron reiteradamente que se arrepintiese de sus numerosos pecados y que llorando mitigase la cólera del Señor, la cual la había excitado con sus faltas, éste no quiso hacerlo, sino que, sin cejar en su maldad anterior, respondió: “Yo ignoro qué es el arrepentimiento. Por eso debéis saber que desconozco lo que es el arrepentimiento y nunca seré católico, sino que viviré según el credo en el que he vivido, o, en defensa de la religión en la que he permanecido hasta ahora desde mi niñez, moriré de buen grado.” 14. Cuando vieron que éste persistía obstinada y pertinazmente en sus malvadas creencias, inmediatamente lo expulsaron penosamente y con el mayor deshonor de las fronteras de Hispania para que no contaminase a otros con su pestífera enfermedad, lo subieron ignominiosamente a una pequeña nave y le advirtieron con amenazas que tenía libertad de ir a cualquier lugar, pueblo o región que quisiese, pero que supiese que, en el momento en que se le encontrase en Hispania, sería castigado con una sentencia más severa. 15. A continuación navegando alcanzó la costa del territorio de Mauritania y, permaneciendo algún tiempo en esta provincia, mancilló a muchos con la herejía de sus impías creencias. Después, castigado por el juicio divino, acabó su vida con una cruel muerte. 16. Las iglesias de las que injustamente había sido privado tiempo atrás San Masona, mereció recibirlas justamente con todos sus privilegios, y obtuvo todo el patrimonio del citado hereje por concesión del clementísimo príncipe Recaredo.

17. Por su parte, a los demás varones perversos que hemos citado antes, de acuerdo con el precepto del rey, los condujeron al exilio. De entre éstos, uno –se llamaba Vagrila–, tras escaparse de las manos de sus apresadores, se refugió en la basílica de Santa Eulalia para obtener el perdón. Se cuenta que, cuando el frecuentemente citado Claudio informó de esto al príncipe Recaredo, éste dijo: 18. “Me

asombra con qué desvergüenza el enemigo de Dios excelso se ha atrevido a entrar en los sagrados atrios de éste, cómo busca ahora el refugio junto a aquél a quien hasta ahora ha perseguido en vano enfurecidamente, y pretende obtener así el perdón. Pero puesto que sabemos que hay mucha misericordia en Dios y dudamos que desprecie a nadie, aunque pecador, que se vuelva hacia él, por esto decretamos así: 19. “que Vagrila junto con su mujer, sus hijos y toda su hacienda sirva sin interrupción como siervo de la santísima virgen Eulalia. Y así con este presente decreto sancionamos que, como los siervos más ínfimos acostumbran a caminar ante el caballo de sus amos sin la ayuda de ningún carruaje, así ante el caballo de su dueño, quien está al frente de la capilla de Santa Eulalia, debe caminar, y que todos los servicios que acostumbra a cumplir el esclavo inferior los desempeñe aquél ante éste sin ninguna arrogancia, ni presunción, y con toda humildad.”

20. Así pues, de acuerdo con este precepto San Masona le ordenó al instante que saliese de la iglesia y que acudiese a su presencia y, según siempre estaba lleno de sentimientos piadosos, lo exhortó amablemente a que no temiese ya nada en lo sucesivo, sino que le ordenó que, sometiéndose a la orden del príncipe, fuese obedientemente desde la iglesia de Santa Eulalia hasta el palacio episcopal, que está situado dentro de los muros de la ciudad, por delante del caballo del diácono Redempto. 21. Después que, cogiendo el báculo del citado diácono y llevándolo en las manos, llegó al palacio episcopal, al instante el santo varón, eximiéndolo de su obligación, lo dejó marchar libremente junto con su mujer, sus hijos y todos sus bienes. Sólo le ordenó esto: que conservase firmemente una fe católica intachable e inmaculada durante todos los días de su vida.

XII.1. En este tiempo, en la ilustre ciudad gala de Narbona, el diablo excitó una revuelta de este tipo contra la fe católica, cuyo origen es muy largo de contar. En efecto, en caso de que quisiésemos exponerlas por orden, parecería que es tejida una tragedia más que un relato histórico. Pero breve y sucintamente hemos de dar una pequeña noticia de ella.

2. En fin, dos condes, aunque ilustres por sus riquezas y de noble linaje, no obstante, impíos en sus mentes e innobles en sus costumbres, Granista y Vildigerno, junto con el obispo de los arrianos, de nombre Ataloco, y otros muchos, cómplices de sus vicios, provocaron una gran perturbación en esa región. 3. En efecto, oponiéndose a la fe católica, introdujeron una enorme multitud de francos en la Galia para reivindicar la herejía de la facción arriana y para arrebatar, si se pudiese conseguir, el reino al

católico varón Recaredo. 4. Y así, cometieron en aquel tiempo una inmensa matanza, asesinando una innumerable multitud de clérigos, religiosos y católicos, cuyas almas más puras que cualquier oro puro y más preciosas que cualquier piedra preciosa, Jesús, nuestro Señor y Salvador, acogiéndolas como víctimas sacrificiales, las situó, ciertamente, entre los ejércitos de los mártires en el santuario celeste.

5. Tras esto, sin que se interpusiese ninguna demora, Dios excelso y todopoderoso, golpeando a sus enemigos con su brazo celeste y vengando la sangre inocente por las súplicas del excelentísimo príncipe Recaredo, al instante llevó a cabo un extraordinario castigo entre sus enemigos con el juicio de la espada.

6. Finalmente, después que fueron abatidos y humillados todos los enemigos de la fe católica, el santo obispo Masona, iniciando el cántico de los salmos junto con todo su pueblo, cantó alabanzas benditas en honor del Señor y acudieron a la iglesia de la santa virgen Eulalia aplaudiendo con sus manos y cantando himnos. 7. Y después todos los ciudadanos, celebrando gozosísimamente junto con él la solemnidad pascual y cantando cánticos en alabanza del Señor según la costumbre de los antiguos, llenando de un gran bullicio las plazas, gritaron diciendo: “Cantemos al Señor, pues ha sido honrado gloriosamente.” Y también: “Tu diestra, Señor, se ha mostrado en todo su vigor magníficamente; tu mano derecha, Señor, ha quebrantado a tus enemigos, y por el poder de tu majestad has machacado a tus adversarios.” 8. Después de esto desaparecieron en todas partes las revueltas y el Señor se dignó conceder al pueblo católico una duradera paz.

XIII.1. Y así, San Masona, después de haber regido muchos años la iglesia de Mérida con la ayuda de la providencia divina, fatigado ya por una avanzada vejez, se vio violentamente afectado por unas fiebres y comenzó a ser abandonado súbitamente por las fuerzas de todo su cuerpo. 2. Entonces, a continuación, convocando a su arcediano, de nombre Eleuterio, le dice: “Has de saber, hijo, que el momento de mi partida es inminente. Y por ello te suplico y exhorto a que desde ahora prestes solícitamente tan gran atención a la santa iglesia y a toda la santa congregación que me des tranquilidad en todo y que me sea lícito llorar en un lugar retirado por causa de la tristeza de mi corazón mis pecados antes de partir.” 3. Al escuchar esto, el citado arcediano no se compadeció de la enfermedad ni de la vejez de aquél, no se dolió por verse privado de la asistencia de tan gran padre, sino que se regocijó con gran alegría por la cercana muerte de aquél. Al instante, por la alegría de su poder temporal hinchó

su corazón hasta tal punto que, lleno de arrogancia, se apresuraba de un lado a otro montado a caballo y acompañado de un gran séquito de servidores.

4. He aquí que unos días después ocurrió que el santo obispo Masona firmó los papeles de libertad de los siervos que le habían prestado un fiel servicio y, para confirmar la libertad de éstos, les entregó una pequeña suma de dinero y les concedió asimismo unas pequeñas posesiones de tierras. 5. Pero cuando estó se comunicó al citado arcediano, al instante se dirigió el palacio episcopal y preguntó cómo se encontraba el santo obispo. Cuando se le dijo que estaba ya cercano a la muerte por un agravamiento de la enfermedad, inmediatamente llamó ante sí a los citados siervos y les preguntó qué les había sido concedito exactamente por el santo obispo. 6. Cuando aquéllos se lo dijeron exactamente, dominado por la cólera comenzó a lanzar furiosamente contra ellos amenazas y espantos, y a decirles: “Cuidad de conservar bien lo que recibisteis. Pues en el caso de que no me lo presentéis todo íntegramente cuando os lo pida, sabed que seréis ferozmente atormentados con gravísimos suplicios”. Y tras decir esto regresó lleno de cólera a su casa.

7. Entonces, los citados siervos, entrando en la celda en la que el santo varón, el obispo Masona, yacía enfermo en el lecho, comenzaron a llorar amargamente ante él, diciéndole: “Nos hiciste por tu piedad objeto de tu misericordia, aunque éramos indignos, cosa que ciertamente habría sido mejor para nosotros que no hubieses hecho. He aquí que tú aún vives y nos lanzan tan grandes amenazas, una vez que hayas muerto, ¿quién de nosotros podrá verse libre de las manos de aquéllos?” Estas palabras y muchas otras semejantes a éstas entre lágrimas dijeron ante él.

8. Él, por su parte, tras escuchar esto, no lo creyó fácilmente, sino que antes, como correspondía a su dignidad, investigó prudentemente si era verdadero o falso lo que había oído. Y cuando descubrió que era verdad lo que había oído, se echó a llorar y ordenó que inmediatamente lo levantasen y lo llevasen a su silla de manos para ser conducido a la iglesia de la santísima virgen Eulalia, a la que siempre había servido devotamente. 9. Y cuando el santísimo anciano llegó allí, extendiendo sus manos ante el sagrado altar y levantando sus venerables ojos cargados de lágrimas al cielo, se postró en tierra en medio de un gran llanto y durante largo tiempo bajo la mirada del Señor dirigió a éste sus súplicas. 10. Y después que terminó de orar, dijo con clara voz que todos oyeron: “Te doy gracias, Señor, porque me has escuchado. Bendito tú por los siglos de los siglos porque no has desestimado mi súplica, ni has alejado tu misericordia de mí.” Y tras decir esto regresó al palacio episcopal y ciertamente, hasta tal punto

recuperó su anterior vigor, que no se creería que estaba enfermo, ni que era un anciano, sino que había adquirido renovadas fuerzas y que era un joven robustísimo.

11. Cuando éste quiso acudir según la costumbre al oficio vespertino, mientras que todos se alegraron extraordinariamente, el arcediano, al oírlo, oprimido por su culpabilidad, se quedó estupefacto, pues oía que iba a acudir a las vísperas aquél que pensaba que iba a morir ese mismo día. Así pues, con signos de confusión y de vergüenza en su rostro se presentó, quisiese o no quisiese, de acuerdo con lo acostumbrado, con todo el clero ante el obispo y ofreció a éste el incienso según la costumbre. 12. El varón de Dios le dijo: “Me precederás, pero ojalá tu alma se me salve.” Éste, al oírlo, no comprendió en absoluto, sino que preguntó a los demás diáconos qué significaba eso que el santo obispo había dicho de: “Me precedes”. Pero ellos, que ignoraban el motivo, le respondieron: “No te ha sido dicho por nada más que porque lo precedes camino de la iglesia”.

13. Y cuando comenzaron a celebrar el oficio vespertino, al instante el citado arcediano, golpeado allí mismo en medio del coro de los salmistas por un gravísimo dolor, tuvo que regresar a su casa afectado por una grave enfermedad. 14. Cuando su madre, ciertamente una santísima mujer, supo esto, al instante se apresuró con velocísimo paso a acudir ante el venerable varón y comenzó a suplicarle con lágrimas y un gran llanto que orase al Señor en favor de su hijo. A esto aquél únicamente le respondió esto: “Lo que oré, orado está.” A continuación, al tercer día, el arcediano murió.

15. Por su parte, el santo obispo Masona en los muchos días en que sobrevivió a aquél, repartió grandes limosnas entre los necesitados y, proporcionando a sus fieles servidores mayores beneficios de su gracia, se dignó concederles presentes más generosos. Después, anciano y muy decrépito ya por su edad y su larga vida, exhaló en paz mientras oraba el hálito postrero.

XIV.1. Después de éste fue elegido un santo varón de excelsa santidad y sencillez llamado Inocente, cuyo nombre indica ya su mérito con su significado. Inocente, en efecto, y sencillo, sin juzgar a nadie, sin condenar a nadie, sin dañar a nadie, se mostró siempre y en todos los días de su vida cándido y piadoso. Éste, en el momento en que fue elegido, según se dice, era considerado el último entre los diáconos. 2. En fin, se cuenta que fue de una santidad y una compunción tan grandes que siempre que había necesidad de lluvia y una larga sequía quemaba la tierra con un gran calor, los ciudadanos de la ciudad, reuniéndose, recorrían en compañía de aquél las

iglesias de los santos orando con súplicas al Señor. Y de repente, siempre que hacían ese recorrido con él, les era concedida desde el cielo una copiosa lluvia tal que habría podido saciar la tierra entera. 3. Por lo que no era dudoso que las lágrimas de éste, salidas de una mente tan humilde y sencilla, no sólo podrían obtener este favor ante Dios todopoderoso, sino incluso otros más importantes que éste.

4. A la muerte de éste, alcanzó, y no inmerecidamente, la máxima dignidad sacerdotal San Renovato, adornado con todas las virtudes, varón, en fin, de origen godo, nacido de noble linaje e ilustre por el esplendor de su familia. Era, además, de alta estatura, de hermosa apariencia, bien proporcionado, grato a la vista, de bello semblante, de elegante rostro y de porte completamente admirable. 5. Pero aunque exteriormente estaba favorecido por la gloria de su aspecto, era de una belleza interior mucho más grande, pues estaba iluminado por la luz del Espíritu Santo. 6. Era muy erudito en muchas disciplinas de las artes y estaba adornado con muchos y variados tipos de virtudes. Era excelente, en efecto, en todas sus obras, muy equitativo, muy justo, y de una disposición muy solícita; fuertemente instruido en todas las disciplinas eclesiásticas y completamente versado en las Sagradas Escrituras.

7. Como éste brillaba con muchas virtudes, instruyendo con la doctrina sagrada a algunos discípulos y formándolos con el santísimo ejemplo de su vida, es decir, con su prudencia, su santidad, su paciencia, su bondad, su misericordia, hizo a muchos tales como él mismo era con la lima de la justicia y la predicación del santo dogma; y todavía hoy brilla y refulge la Iglesia gracias a su doctrina como el sol y la luna.

8. Después de haber regido sin tacha la iglesia durante muchos años, abandonando su cuerpo en medio de portentosas señales, tras la disolución de sus miembros, partió a reunirse con los coros de los ángeles y a juntarse con todos los batallones celestes de las regiones superiores, y mereció alcanzar la corte del reino supremo en compañía de Cristo, que existirá por siempre y reinará sin fin.

XV.1. Los cuerpos de estos antedichos santos descansan honrosamente enterrados en una misma cripta no lejos del altar de la santísima virgen Eulalia. 2. En fin, junto a los venerados sepulcros de éstos proporciona Cristo cotidianamente tanta gracia por su abundante piedad que quienquiera que esté afectado por alguna enfermedad o afligido por algún dolor cualesquiera que fueren, tan pronto como suplica allí con todo su corazón al ser divino, sintiendo que todas las enfermedades se alejan de él y que le son expulsados todos los males por el favor divino, sano y feliz alcanza por la gracia de Dios la salud deseada.

Epílogo

1. Ciertamente, la multitud de los milagros de estos soldados de Cristo y sus muertes esta descuidada prosa mía, como ha podido, las ha expuesto a un tiempo. La cual, por más que desagrade en su torpeza a los cultivados por su excesivo desaliño, dejada a un lado la pompa de las palabras, mejora humildemente a los que sienten la fe y creen, y proporciona un beneficio digno de buena estima a los que leen y escuchan esto.

2. Por mi parte, yo, el ser más insignificante de todos, suplico a los lectores quisquillosos que lean antes las modestas obrillas de este códice y las desprecien después, no parezca que forman sus opiniones de antemano, no tras un juicio, sino llevados por el odio, y que condenan lo que no conocen. No obstante, que sepan clarísimamente que yo, que me he sentido impulsado a escribir por amor a Cristo y devoción a la santísima Eulalia, he relatado sucesos de todos conocidos y he expuesto verazmente hechos verdaderos.

3. Al Señor, que es uno en la Trinidad, que existe por siempre y reina eternamente, gloria, honor, fortaleza, acción de gracias, perfección, potestad, alabanza y bendición, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

TERMINAN LAS VIDAS DE LOS SANTOS PADRES DE MÉRIDA.

[J. C. M.]